

JOSÉ JOAQUÍN RODRÍGUEZ LARA

PENÉLOPE, CAUTIVA DE SÍ

Tragedia basada en personajes, en hechos
y en situaciones que Homero cantó
en La Odisea y en La Iliada

COLECCIÓN "ALTOZANO"

Núm. 24



PENÉLOPE, CAUTIVA DE SÍ

Tragedia basada en personajes, en hechos y en
situaciones que Homero cantó en La Odisea y en
La Iliada

José Joaquín Rodríguez Lara

Colección “ALTOZANO”

Núm. 24

® José Joaquín Rodríguez Lara

Edita: Universidad Popular "Hilario Álvarez"
Concejalía de Cultura
Ayuntamiento de Barcarrota

Depósito Legal: BA-000141-2017
Tirada: 300 ejemplares.

Director de la Colección:
Francisco Joaquín Pérez González

Consejo Asesor:
Alfonso C. Macías Gata
Concepción Gutiérrez Larios
Isabel Hernández Triguero
Juan Becerra Torvisco
Joaquín Álvaro Rubio
José Ignacio Rodríguez Hermosell

PRÓLOGO

José Joaquín Rodríguez Lara es barcarroteño, escritor y periodista. Por este orden. Barcarroteño porque en Barcarrota nació, en la primavera de 1956, en una casa de la calle Jerez, frente a la iglesia de la Virgen de Soterraño. Escritor, porque aún era un adolescente cuando, viviendo en Barcarrota, escribió y se dieron a conocer sus primeros poemas y relatos. Y periodista porque el periodismo ha sido y es su vida. Estudió la carrera en la Universidad Complutense de Madrid y comenzó a ejercer la actividad periodística cuando estaba en el segundo curso de su licenciatura. Y desde entonces no se ha despojado de las herramientas del periodismo, que ha practicado con intensidad en medios escritos –diarios, semanarios y revistas- en emisoras de radio y en cadenas de televisión, además de en medios digitales, a través de su blog <elpostigodelara.blogspot.com.es>.

Rodríguez Lara vivió hasta los nueve años en el campo, en una finca llamada La Cocosa que se encuentra entre Badajoz y Valverde de Leganés. Allí trabajaron sus abuelos, sus padres, sus tíos y sus primos, además de numerosas personas nacidas en Barcarrota. Cuando Lara tenía nueve años, su padre tuvo que emigrar a Alemania y la familia regresó al pueblo, donde José Joaquín vivió hasta los 18 años, edad en la que se marchó a Madrid para estudiar periodismo. Actualmente reside en Badajoz.

Esos nueve años de estancia en el campo y los nueve que vivió en nuestro pueblo han marcado profundamente su vida y están presentes en su obra literaria, desde los primeros versos y los poemas incluidos en 'La tierra al fondo' (publicado el año 1980), su primer libro, hasta esta 'Penélope, cautiva de sí' que tiene usted en sus manos. El campo y el pueblo, el mundo rural y primigenio, se muestran de forma constante en la obra de nuestro paisano. Unas veces como presencia y otras como ausencia. Y las dos facetas, la presencia y la ausencia, son la cara y la cruz de una misma realidad: el desarraigo. Un desarraigo impuesto o voluntario que puede rastrearse con facilidad en los libros –seis con este- publicados hasta la fecha por José Joaquín Rodríguez Lara.

'Penélope, cautiva de sí' inaugura una nueva faceta en la producción literaria de nuestro autor. Hasta hoy, Lara había publicado el poemario mencionado anteriormente; un relato, 'El Conchito' (1982), con el que ganó el primer Premio Felipe Trigo; una historietta, 'Primera Vuelta Ciclista a Extremadura en Cómic' (1984), en la que Joaquín puso el texto y nuestro también paisano Paulino Guerra, los dibujos; un cuento, 'La casa al borde del camino', con el que consiguió el premio Cuentos Lena, en Pola de Lena (Asturias), publicado en 1989 en la comunidad autónoma asturiana y el año 2007, en Barcarrota, encargándose de la edición nuestro Ayuntamiento con motivo de la celebración del Día del Libro; también ha publicado la novela

'Gayola' (2005) y 'La burra con GPS y otros avíos de comer' (2014), un "librino inclasificable", según lo define el propio autor, que contiene realidad y ficción, textos en prosa que se mueven entre los límites del artículo y del cuento y otros muy cortos, frases desnudas, pensamientos o sentencias, que llegan al microrrelato y hasta se acercan al verso.

'Penélope, cautiva de sí' es una obra de teatro. La primera obra de teatro que ha escrito y que lleva a la imprenta nuestro paisano. Es una tragedia inspirada en el relato de Homero, sin duda el mayor monumento literario de la antigüedad. Pero no es una versión dramatizada de la epopeya homérica. Tampoco es una adaptación, ni mucho menos una visión comprimida de La Iliada ni de La Odisca. Sería materialmente imposible hacer algo así sin destrozar la obra maestra de Homero. Rodríguez Lara se ha centrado en la figura de Penélope, esposa de Odiseo y madre de Telémaco, y le ha puesto su propia voz a estos y a otros personajes centrados en el ámbito de Ítaca, recreando las situaciones planteadas por el autor griego en sus obras. Es decir, el cañamazo de esta 'Penélope', o lo que es lo mismo, los personajes y las situaciones, son de Homero, pero el tejido literario, los diálogos bordados sobre la estructura argumental homérica son en su totalidad de José Joaquín Rodríguez Lara.

Penélope, la protagonista de esta historia, está considerada la imagen perfecta de la esposa fiel. Más allá de esa fidelidad arquetípica, Lara nos presenta a una Penélope fría, calculadora, egoísta, atrincherada en un trauma que ha terminado convirtiéndose en 'su zona de confort'. Una 'zona de confort' en la que mantiene encerrado a su propio hijo y de la que, por miedo, 'cautiva de sí', se niega a salir.

Hay en esta 'Penélope', que hoy publicamos en la Colección Altozano, una relación sutil con Barcarrota que va más allá del hecho de que su autor naciese en este pueblo y de que lleve a gala su origen barcarrotero, haciendo referencias al mismo cada vez que se le presenta la ocasión. Lara estudió en las aulas del colegio Hernando de Soto y en el instituto Virgen del Soterraño. Y no ha olvidado su paso por ambo centros educativos. Recuerda los juegos en el patio –fútbol, bolindres, la bilarda (billarda y tala, según la RAE), el triángulo, la navaja sobre la hoja de chumbera, a la que figuradamente se llamaba tocino, la caja de cerillas y el cinturón...-; en sus sentidos permanecen aún el sabor de la leche americana, en polvo, y el ritmo de los cánticos oficiales, franquistas, en formación; se acuerda de sus compañeros de clase y, por supuesto, tiene presente a sus maestros: a Don Perfecto, a Don Antonio 'Cuerda', Don José Antonio, Don Enrique y, por encima de todos, a Don Hilario, que da nombre a nuestra Universidad Popular.

Debe de haber algo de Don Hilario Álvarez Fernández y de su pasión por los clásicos y por el teatro, como herramienta educativa, en esta 'Penélope' que está escrita tanto para ser llevada a las tablas, si es que alguien

se atreve con ella, como para ser leída con verdadero deleite en el libro que hoy publicamos. Estoy convencido de que a Don Hilario le hubiese gustado tanto leerla como dirigir su puesta en escena.

Alfonso C. Macías Gata



PERSONAJES

Por orden de aparición en escena:

PENÉLOPE	Esposa de Odiseo, rey de Ítaca.
EURICLEA	Nodriz.
RAPSODAS	Sin nombre.
TESELA	Rapsoda.
TRATTA	Rapsoda.
MELANTEA	Rapsoda.
TELÉMACO	Hijo de Odiseo y de Penélope.
ASISTENTA	En el palacio del rey Licomedes.
LICOMEDES	Rey de Skyros.
DEIDAMIA	Hija de Licomedes.
SEGUNDA HIJA DE LICOMEDES	Sin nombre.
TERCERA HIJA DE LICOMEDES	Sin nombre.
PIRRA/AQUILES	
MERCADER/ODISEO	
FEMIO	Acdo.
ANTÍNOO	Cabecilla de los pretendientes de Penélope.
TOANTE	Pretendiente de Penélope.
AGELAO	Pretendiente de Penélope.
AFÍNOMO	Pretendiente de Penélope.
ERICTONIO	Pretendiente de Penélope.
EURÍMACO	Pretendiente de Penélope.
ASFILON	Pretendiente de Penélope.
MÉNTOR/ATENEA	La diosa transfigurada en Méntor, amigo de Odiseo y preceptor de Telémaco.
	Porquerizo.
EUMEO	
MENDIGO/ODISEO	
IRO	Mendigo.
FILETIO	Boyero, figurante.
MELANTIO	Cabrero, figurante.



PRIMER ACTO.-

Palacio real de Ítaca, aposentos de Penélope, unos veinte años después del inicio de la Guerra de Troya. Es ya madrugada corrida y la luna, que durante toda la noche ha cubierto las horas con un celaje de leche, empieza a batirse en retirada, despidiéndose de los ventanales por los que atravesó los muros y besó el suelo de las estancias. Desde el mar llega una brisa mansa que abomba los cortinajes de lino, en tonos crudos, tostados, tierra o blancos, que visten las dependencias reales. Por los rincones y estratégicamente situadas lucen lámparas de barro y de bronce en las que apenas quedan unas llamas mortecinas. Algunas incluso ya se han apagado y humean. Se oye el romper de las olas contra las costas de Ítaca y allá, muy lejos, alguna voz ininteligible. También el batir de unos remos. Son ruidos que trae la brisa y que entran por los ventanales. En la escena están Penélope, sentada ante un gran telar y Euriclea, que fue nodriza de Odisco, además de criar a su hijo Telémaco, y continúa en el palacio real como parte del servicio. A unos metros, sentadas en el suelo sobre almohadones, semidesnudas, se ve a media docena de muchachas que forman un grupo compacto. Tañen liras y otros instrumentos clásicos de cuerda, de percusión y de viento, y recitan con voz triste, mortecina, sin fuerza, como si estuviesen a punto de caer dormidas. La reina está destejiendo un sudario hecho con hilos de lana sin teñir. Puede ser una gran pieza tricotada, que es fácil de deshacer, aunque convendría darle algunas puntadas con una aguja con el fin de simular enganchones y que Penélope tenga que llevarse el tejido a la boca para romper los nudos con los dientes. La hebra que se va desprendiendo del tejido es liada en bastones de madera, de poco más de un palmo, enrollándola en forma de ocho. La tejedora tiene a su lado varios de estos ovillos, en un cesto, y Euriclea se encarga de asegurar el cabo para que no se suelte ni enrede, así como de disponerlos ordenadamente y con auténtico mimo en un arca de madera que abre y cierra en cada entrega y cuyo secreto asegura reiteradamente con una llave de bronce que cuelga de su cintura suspendida en una trenza de lana. Distribuidos desordenadamente por la estancia hay algunos cestos con ropa, vestidos y almohadones.

PENÉLOPE.- ¡Remos, remos! ¡Son remos, Euriclea, remos! ¡Escucha, Euriclea, escucha! ¡¡Remos!! ¡Es Odisco que vuelve a mis brazos!...

La reina escucha con atención, se pone en pie, vuelve a escuchar y se acerca al ventanal llevando en las manos uno de los bastones a medio liar. Tras ella queda la hebra que une a la madeja con el sudario que está en el telar.

EURICLEA.- ¿Dónde, señora, dónde?

La criada también se acerca al ventanal, con una lucerna encendida, se lleva la mano a la frente, a modo de visera, como para ver mejor; y adelanta la lámpara en las sombras de la noche tratando de romper las últimas tinieblas de la madrugada.

PENÉLOPE.- ¡Por allí, Euriclea, por allí! *(Señala.)* ¿No los oyes, Euriclea, no te brinca el corazón al escuchar sus risas? ¡Cantan! Es Odiseo, que regresa; es el rey de Ítaca que vuelve, a tomar posesión de su trono. Ya siento sus ojos sobre los míos y su aliento desnudando mi piel. ¡Mira, mira, por allí asoma la proa de su barco. Rápido, disponedlo todo. Hay que recibir a Odiseo con una gran fiesta. ¡Cantad, muchachas, cantad!

El coro de rapsodas que, como si ya la conociese, ha asistido con desinterés a la conversación entre Penélope y Euriclea, parece salir de su ensimismamiento y recita al compás de sus instrumentos.

CORO DE RAPSODAS.- ¡Oh, Ulises, rey de Ítaca! A tu casa regresas. Vuelves junto a Penélope, la fiel amada.

TESELA.- Regresas a los brazos de tu reina, perfumado cobijo contra todas tus desdichas.

TRATTA.- El tierno pecho de tu señora te espera, con el anhelo de un pichón hambriento en su nido.

RASODA 1.- Su corazón aletea y salta de júbilo al presentir el perfume de tus ojos, Odiseo.

RASODA 2.- Musita tu nombre y su vientre se estremece cual cierva requerida en la espesura del ramaje.

RASODA 3.- El bello rostro de Telémaco, tu amado hijo, amanece ya, viril y radiante, sobre las colinas de Ítaca.

CORO DE RAPSODAS.- ¡Oh, Ulises, rey de Ítaca! A tu trono regresas, Odiseo. Vuelves a Ítaca, la bien amada. Vuelves a tu reino, a tu alcoba. Regresas para saciar tu sed hundiendo los labios en el secreto manantial de tu casa. ¡Oh, Ulises, rey de Ítaca!

Decepcionada y satisfecha a la vez, al confirmar la falsedad de una sospecha, una vez más, disipada, la nodriza le ordena al coro musical, con

un gesto de la mano que tiene libre, que baja la voz, y se dirige a Penélope compungida.

EURICLEA.- Es un barco pesquero, mi reina. Sólo son pescadores...

Continúan los cánticos, ya en un tono más bajo.

CORO DE RAPSODAS.- ¡Oh, Ulises, rey de Ítaca! A tu trono regresas, Odisco. Vuelves a Ítaca, la bien amada...

PENÉLOPE.- ¿Pescadores? No son pescadores, Euriclea, son guerreros. Es Odisco que regresa victorioso de Ilión. Llega cargado de oro..., vestido de púrpura..., cubierto de trofeos..., henchido de gloria. ¿No oyes como cantan sus guerreros ebrios por el perfume que emanan las costas de Ítaca? ¡Cantad, niñas, cantad también vosotras! Cantad más alto para recibir al héroe, para que Odisco se alegre con nuestro gozo. Él es un hombre..., un varón de anchos hombros, de manos grandes y estrecha cintura. No hay mujer que pueda permanecer impasible en presencia de un guerrero como Odisco.

Las muchachas elevan otra vez el volumen de sus cantos.

CORO DE RAPSODAS.- ¡Oh, Ulises, rey de Ítaca! A tu trono regresas, Odisco. Vuelves a Ítaca, la bien amada. Tu reino y tu alcoba te abren las puertas, Odisco. Regresas para saciar tu sed hundiendo los labios en el secreto manantial de tu casa. ¡Oh, Ulises!

TESELA.- La reina te espera para anidar en tus brazos, inexpugnable cobijo contra todas sus desdichas.

TRATTA.- Para beberse la noche en tus manos, palpitantes y misteriosas como la profunda crátera de Poseidón.

CORO DE RAPSODAS.- ¡Oh, Ulises, varón que goza en el gozo ajeno! Vuelves para tomar posesión de tu bien amada esposa.

MELANTEA.- ¡Oh, Ulises, rey de Ítaca!

El grupo va bajando la voz a medida que Euriclea, que sigue discrepando en la balconada y gesticulando ante las sombras, empieza a desengañar a Penélope.

EURICLEA.- ... pescadores, son pescadores otra vez, mi reina, mi gran señora; son los pescadores de Ítaca que regresan a puerto.

PENÉLOPE.- ¿Pescadores, dices que son pescadores, Euriclea? ¿Y por qué cantan si son pescadores?

La nodriza vuelve a aguzar el oído, usando la palma de la mano a modo de trompetilla.

EURICLEA.- Cantan porque están felices, mi reina.

PENÉLOPE.- ¿Felices? ¿Y por qué motivo están felices los pescadores de Ítaca? ¿Quién puede estar feliz en este reino sin rey, en este hogar sin lumbre? ¿Acaso sólo yo padezco la ausencia de Odiseo? ¿Estás feliz tú, Euriclea? Dime, ¿lo estás?

EURICLEA.- No, mi reina. (*Muestra sus canas.*) Mi rostro y mis cabellos se vistieron de luto cuando Odiseo partió para Ilión y de luto seguirán mientras que Odiseo no regrese a Ítaca. Si pudiera, dejaría de limpiar los suelos de este palacio y me retiraría al campo, como hizo vuestro suegro el rey Laertes cuando su amado hijo partió para la guerra. No soy feliz, mi señora, no lo soy.

PENÉLOPE.- Pero los pescadores cantan. Y vosotras, mis pequeñas murallas recitantes, ¿acaso estáis felices por la ausencia de Odiseo? (*Las muchachas no se atreven a responder; pero Penélope las increpa con vehemencia señalándolas con el bastoncillo de liar la lana que aún conserva en las manos.*) Hablad, de una vez, ¿o son vuestras lenguas tan poco elocuentes como las cuerdas de vuestras liras? ¡Hablad sin miedo, esclavas! Tú misma, Melantea, dime, ¿puedes ser feliz sin escuchar la voz de Odiseo?

MELANTEA.- No, mi reina, no soy feliz, nunca podría serlo.

PENÉLOPE.- Y tú, Tratta... O tú Tescla, ¿eres feliz?

Las muchachas se atropellan al intentar responder, titubean y por fin habla Tratta.

TRATTA.- Yo tampoco lo soy, mi señora. No somos felices; no podré ser feliz hasta que nuestro rey regrese al trono de Ítaca.

PENÉLOPE.- Lo ves, Euriclea, no son felices. Melantea, Tratta, Tesela y todas sus compañeras son mujeres en la flor de la vida, son jóvenes y hermosas, pero no son felices. Aún están tan tiernas que ninguna de ellas llegó a sentir los dedos de Odisco bajando por sus caderas, pero no les hace feliz su ausencia. Ni siquiera te hace feliz a ti, que tuviste el brillo de sus ojos sobre tus pechos nutricos, afamada Euriclea. Entonces, ¿por qué cantan los pescadores de Ítaca, qué les hace felices a ellos?

EURICLEA.- El pescado, mi reina; su felicidad consiste en pescar.

PENÉLOPE.- ¿Pescar? ¿El pescado les hace felices? *(Con gesto de repugnancia.)* Pescar es el trabajo de los pescadores; ninguno de ellos ha hecho otra cosa desde niño. Sus cabellos deben de oler a mar, tendrán escamas en los dedos y, en la penumbra de las alcobas, sus mujeres no sabrán si yacen con su hombre o con un escurridizo remedo de tritón. Pero, a pesar de sus muchos pesares, cantan. *(Siguen oyéndose voces muy lejanas.)* ¿Los oyes, Euriclea? ¿Cantan! ¿Y por qué cantan cuando están llegando a puerto, no al salir al mar con sus redes? ¿Por qué?

EURICLEA.- Cantan porque regresan con comida, majestad. Se les ha dado bien la noche y vuelven al puerto con las barcas llenas de pescado, todavía casi vivo, con la carne firme y los ojos brillantes. Al menos por esta vez, podrán alimentar a sus hijos y a sus mujeres. Incluso, a todos los habitantes de Ítaca. Sólo son pescadores y tener la barriga llena les colma de felicidad, señora.

Las dos mujeres se retiran del ventanal y vuelven al telar; para seguir deshaciendo el sudario.

PENÉLOPE.- ¡Oh! deidades del Olimpo, ¡oh! dioses inmortales, ¿por qué le regaláis la felicidad a esos hombres y a mí me la negáis? ¿Acaso consideráis que mi boca no es digna de albergar el manantial de la risa? ¿Eso pensáis de mí? ¿Y qué toros blancos como la nieve, qué carneros sin tacha, qué gansos bien emplumados, qué libaciones de vino dulce, de leche de cabra, de aceite o de miel os ofrecen esos pescadores para que vistáis de felicidad sus ojos y de lágrimas los míos? ¿Qué escencias incineran ellos en vuestros altares que yo no pueda ofreceros? ¿Por qué motivo dirigís sus redes hacia el pescado, para que extraigan del mar su alimento y su felicidad, mientras yo ignoro a dónde dirigirme para extraer de las olas el único alimento que podría saciarme, la única palabra que me colmaría de felicidad: Odisco?

EURICLEA.- No desesperéis, señora. Tened confianza en los dioses, mi reina. Él volverá para colmar de felicidad vuestro hermoso corazón. Lo hará con sus propias manos. El oráculo de Delfos bien lo sabe, los adivinos han de anunciarlo muy pronto... ¡Odiseo vuelve, vuelve Odiseo!...

PENÉLOPE.- ¿Volverá? ¿Cuándo volverá, Euriclea? Vuelven los pescadores con sus cestos llenos de peces, pero Odiseo no llega. Muchos barcos de guerra regresaron de Ilión cargados de botín, pero los de Odiseo no han vuelto. Regresó el rey Agamenón y su hermano Menelao y hasta regresó mi prima, la pérfida Helena, que escapó de Esparta y huyó a Ilión en los brazos de Paris, llevándose muchos tesoros de su reino. Regresó Idomeneo, rey de Creta, y mató a su hijo para cumplir su promesa de que, al volver a pisar su tierra, en agradecimiento a la compasión de los dioses, que le habían permitido sobrevivir a las tempestades y a las lanzas enemigas, sacrificaría al primer ser vivo que viese. Y el primer ser vivo al que vio, Euriclea, era su hijo, su propio hijo, que cuando el corazón está ciego los ojos no pueden ver. Volvieron otros príncipes aqueos y otros héroes y guerreros victoriosos tras abrir las murallas de Ilión, pero Odiseo aún no ha vuelto, Euriclea. Pronto hará veinte estíos que se fue y nada sabemos de él ni de sus barcos ni tampoco de su ejército. Tan sólo vuelven una y otra vez las falsas noticias interesadas de quienes, con la mentira, nos roban el oro y la esperanza. El mar retiene a Odiseo en su inmensa crátera de vino. Poseidón me lo ha quitado. Otra esposa diría que alguna mujer ha embrujado a su marido con malas artes y lo mantiene preso, pero yo no puedo decirlo. El hijo de Laertes no es así. A él nunca le han faltado mujeres. Tuvo a todas las que deseo y a todas, incluida a la bellísima Helena, con la que hasta pensó en casarse, terminó dejándolas por mí. A todas. ¿Te tuvo alguna vez también a ti, Euriclea?

EURICLEA.- ¡Oh, por todos los dioses, señora! ¿Cómo podéis...? Bien sabéis que no, mi reina.

PENÉLOPE.- ¿Es que nunca lo deseaste? ¿Nunca te palpité el pecho en presencia de Odiseo?

EURICLEA.- Claro que sí, señora, lo deseé sin querer y sin poder evitarlo, aunque se amamantó en mis pezones. Fui mujer y desde luego que deseé a Odiseo. Pero también se desea besar el rostro de la alta Luna y sólo las estrellas consiguen acercarse a su lecho.

PENÉLOPE.- Gracias por tu sinceridad, nodriza. No habría podido volver a confiar en ti si me hubieses dicho que nunca pusiste tus ojos en sus labios.

Y vosotras, muchachas, ¿deseasteis alguna vez yacer con Odiseo o, al menos, os ardió la piel al sentir que sus ojos de carbón encendido resbalaban por vuestros muslos?

Las jóvenes hablan atropelladamente.

TRATTA.- No, mi reina.

TESELA.- Jamás, señora.

MELANTEA.- Nosotras aún no sabemos de los delcites del amor...

RAPSODA 3.- Además, el rey se marchó a la guerra antes de que nosotrasuviésemos anhelos de mujer, señora.

TESELA.- No le hemos visto jamás.

MELANTEA.- Nunca, señora, nunca.

PENÉLOPE.- “Nunca, señora, nunca”. “No le hemos visto jamás”.
(*Remeda Penélope.*) ¿No le habéis visto jamás y juega y corretea entre vosotras desde que era un niño?

CORO DE RAPSODAS.- ¡¿¿Con nosotras juega!?!

MELANTEA.- ¿Cómo es eso posible, mi señora?

PENÉLOPE.- Explícaselo tú misma, Euriclea, que yo voy a continuar con la labor.

Penélope tira de la hebra y al encontrar resistencia se lleva el paño a los dientes.

EURICLEA.- La reina se refiere a Telémaco, pánfilas, a Telémaco.

CORO DE RAPSODAS.- ¡¡¡Telémaco!!! ¿El príncipe Telémaco es el rey Odiseo?

PENÉLOPE.- Como si lo fuera.

CORO DE RAPSODAS.- ¡¡¡No..., no puede ser!!!

EURICLEA.- Sí, lo es, es él. Su mismo entrecejo, sus mismos ojos, su mismo cabello, sus mismos andares, su misma nobleza, sus mismos ademanes... ¡Son dos gotas de agua!

PENÉLOPE.- Es él, pero no es él. (*Penélope vuelve a hacer un alto en su tarea.*) Tengo acurrucada en mi lecho la viva imagen de Odiseo, pero no tengo a Odiseo. Me besa y me abraza y me acaricia, pero no es su beso, ni es su abrazo, ni tampoco son las caricias de Odiseo. Hace tiempo que Telémaco no duerme conmigo, pero durmió muchas veces, muchas, y en la duermevela creí que era el mismísimo Odiseo que, una vez más, se había introducido furtivamente entre las pieles de mi lecho. Mas, amaneció y comprobé que no era él. ¡Qué destino tan cruel el mío! Tener a mi lado a los dos amores de mi vida y no poder disfrutar plenamente de ninguno de los dos, porque uno de ellos, aunque esté vivo en cada rincón de este palacio (*Revisa con la mirada los rincones de la estancia.*) sólo es penumbra, carne de niebla en la inmensidad del mar, y porque abandonarme al amor del otro, tan real y tan cercano, tal vez destruiría el recuerdo del primero. ¡Qué dolor tan inmenso! ¡Y qué desdicha no poder aplacar este dolor aunque fuese con la deshonra!

EURICLEA.- No sería una deshonra, mi reina; bien sabéis que no lo sería. El dolor es un río caudaloso, pero tiene final. Debe tenerlo, señora. Después de veinte años de bogar contra la desesperanza, debe tenerlo. Sois una esposa virtuosa y prudente, pero sois una mujer.

PENÉLOPE.- Lo sé, Euriclea, lo sé. Y deseo con toda mi sangre que tengas razón y que los dioses te escuchen y se apiaden de mí. ¿Qué hice yo para merecer este castigo infinito? ¿A qué dioses ofendí entregándome a Odiseo cuando le fui asignada como esposa en reconocimiento a sus eminentes méritos? ¿Por qué no puedo olvidarle y casarme con cualquiera de mis pretendientes, aunque ninguno de ellos sepa ni calzarse las sandalias de Odiseo? ¿Por qué me apuñala la duda sobre el destino de mi esposo? ¿Y cómo es posible que la duda sea más dolorosa que la certeza, Euriclea? Si me trajesen su cuerpo o un diminuto mechón de sus cabellos o su casco o el filo de su espada o un jirón de su túnica o una tira del cuero con el que anuda sus sandalias, algo de él, un simple soplo de aire que haya tocado su carne, me bebería ese trocito de Odiseo disuelto en mis lágrimas y todo este inmenso dolor se vaciaría en riadas a través de mis ojos. Pero ignorar qué le ha pasado, no saber dónde está, si Odiseo vive o si se lo tragó el mar, si le retienen las cadenas o le cautivaron otros ojos... No hay mayor dolor que el de la incertidumbre, Euriclea. La duda es cruel, pues todo lo que sospechas trae un puñal entre los dientes y te lo clava en el corazón. Si al ausente lo

supones cautivo, el dolor te atenaza; si muerto, te mata; si preso en otro lecho... ¡Maldigo mi cruel destino!

EURICLEA.- Señora... Tened piedad. No os sigáis flagelando.

PENÉLOPE.- Lo maldigo, Euriclea, maldigo mi sino. Cierto es que nací mujer y como mujer he de vivir, sometida a los designios del varón. Primero de mi padre, Icario, después de mi esposo, Odiseo, y ahora de mi hijo, Telémaco, y de mi padre y de mis hermanos a un tiempo. Cualquiera de ellos podría darme en matrimonio y echarme de estos aposentos sin reparar en mi llanto. Bien cierto es. ¿Por qué no puedo sentirme ni doncella, como estas jóvenes, ni casada como tú, ni tampoco viuda, como tantas mujeres que vieron zarpar para la guerra a sus hombres? Y aquí estoy, obligada a ser, al mismo tiempo, la esposa fiel de quien desapareció de mi vida, dejándome con un niño de pecho en los brazos, y la fiel viuda de quien aún vive en mi corazón y no me deja ni de día ni de noche. ¡Ay!, Euriclea, yo quiero apagar esta llaga que tanto me aflige, aunque tenga que cauterizarla con una espada al rojo vivo. Pero tengo miedo; siento verdadero terror. Temo que, si mi hijo o mi padre o mis hermanos me dan en matrimonio, al cerrar una herida se abra otra aún mayor, muy lejos ya de este palacio, cuyas puertas se cerraría ante mis ojos.

La nodriza se acerca al ventanal, despegándose un par de pasos de Penélope.

EURICLEA.- Pronto amanecerá, mi reina. El sol galopa ya sobre la noche más allá de las olas y sus relinchos espantan a la Luna. Los pescadores están alineando sus cestos llenos de pescado sobre las lanchas del puerto, listos para iniciar la venta tan pronto como el canto del gallo abra el mercado.

PENÉLOPE.- Los pescadores... Casi me había olvidado de ellos. Ahora bajarán sus mujeres al muelle, para pregonar la mercancía. ¡Cómo las envidio!

EURICLEA.- ¿Envidia a las pescaderas, señora? ¡Cómo va a envidiar la esposa de Odiseo a las pescaderas! Eso es imposible, mi reina, sólo son mujeres...

PENÉLOPE.- Pues sí, Euriclea, las envidio; las envidio a rabiar, con todo mi ser.

EURICLEA.- Señora, ellas sólo son aldeanas, seres vulgares...

PENÉLOPE.- Precisamente es eso lo que envidio de ellas: su vulgaridad. Son mujeres, como tú y como yo, pero son vulgares. Esa es su dicha. Ven zarpar cada día a sus maridos y los despiden con alegría, porque saben que van a ganarse la vida, no a jugársela en un combate cuerpo a cuerpo con un enemigo despiadado. Claro es que pueden perderla y, de hecho, muchos la pierden, pero aunque el mar sea peligroso y hasta traicionero, no es un enemigo que desee tu muerte a toda costa. Se resiste a que te apropiés de sus tesoros, pero no quiere matarte por el mero hecho de que estés vivo. Si mueres es por accidente, por un error o por tu falta de destreza ante el infortunio. Son las moiras las que marcan nuestro destino, las moiras, Euriclea, las moiras. Cloto hila la hebra de la vida con su huso y su rueca; Láquesis hecha a suertes y mide con su vara la longitud de la cuerda vital de cada persona, y la inexorable Átropos corta con sus detestables tijeras el hilo de la vida del que pende nuestra existencia para que nos despeñemos contra el polvo del olvido.

Mientras habla de las moiras, Penélope debe, sucesivamente, 'hilar' con sus propios dedos la hebra que tiene en las manos, medirla con el huso o llevándosela, por ejemplo, hasta el codo o hasta el hombro, y cortarla simbólicamente con los dedos o, mejor aún, de forma real con unas tijeras antiguas, como las viejas tijeras de una sola pieza usadas para esquilar ovejas, para que la hebra caiga al suelo. Unas tijeras que estarán junto al telar:

EURICLEA.- Así es, mi reina. Es preferible no pensar en el mañana. Mejor estamos en manos de las moiras. Que, con bondad y cordura, dirijan ellas nuestros pasos. No hay mayor pesadumbre que conocer de antemano nuestro destino y dar vueltas sin rumbo en el laberinto de la vida, sufriendola incluso antes de llegar a vivirla, padeciendo el dolor mucho antes de que nos duela y sabiendo en todo momento que nunca encontraremos la salida ni podremos escapar de las tijeras de Átropos.

PENÉLOPE.- Poseidón respeta más a los pescadores que a los guerreros. ¿No te parece, Euriclea?

EURICLEA.- Nunca lo había pensado. ¿Por qué lo decís señora?

PENÉLOPE.- El pescador invade los dominios de Poseidón entrando en la mar al amparo de la oscuridad, como un ladrón. Echa las redes para despojar al dios de sus tesoros y, una vez amontonado un botín que le satisfaga, vuelve a casa cantando. ¿Los oyes? *(Señalando al ventanal por el que siguen entrando ruidos entrecortados.)* El guerrero, no. El guerrero no invade

furtivamente el mar; simplemente lo cruza para llegar al reino de otro. El guerrero no va a robarle peces ni corales ni hermosas conchas de nácar a Poseidón. Sin embargo, el dios del mar se muestra más misericordioso con los pescadores y, si mueren mientras faenan, las olas arrastran sus cuerpos hasta las playas, casi siempre cerca de sus aldeas, junto a las que suelen pescar. Los guerreros, no; los guerreros pierden la vida entre las fauces de olas lejanas, o en tierra ajena, y sus cuerpos son comidos por Quimera, por Equidna, por Tifón, por las Harpías y por otros monstruos y fieras abominables. Tan cruel es el mar que, a menudo, arrastra los cuerpos de los guerreros que ahoga hasta las playas del enemigo, para que ni sus padres, ni sus esposas, ni tampoco sus hijos o sus vecinos puedan amortajarlos ni, tan siquiera, saber si aún están vivos o fallecieron, y si los enemigos les mostraron respeto y sepultaron sus huesos o, por el contrario, bailaron borrachos de vino y de sal sobre sus cadáveres. Poseidón es esposo y padre y poderoso señor de las aguas, es él quien agita las olas y aflora los manantiales con un golpe de su tridente, pero no es un dios justo, no lo es Euriclea.

EURICLEA.- ¡Ay!, señora, que Ítaca es una isla y está en las manos de Poseidón, al alcance de su carro y de su tridente. ¿Hacia dónde podríamos huir si enojamos al poderoso dios de las profundidades? ¿Cómo podéis decir eso, o tan siquiera pensarlo, sin temblar de pavor?

PENÉLOPE.- Porque las palabras bullen dentro de mí como el oro fundido en los crisoles, Euriclea. Con más ardor que la lujuria, con más veneno que la ira, con mucha más amargura que el mayor de los abatimientos. Las palabras arden y me destruyen por dentro. Me devoran como el águila devoraba cada día el hígado de Prometeo, que como bien sabes fue encadenado a una roca por haberle robado el fuego a los dioses. La soledad se come mi esperanza cada día, pero vuelve a crecerme cada noche, para que el águila de la locura siga devorándola. ¿Cabe mayor dolor en un solo corazón de mujer? Son casi veinte estíos de soledad, Euriclea. ¿Los has contado? Casi veinte estíos, que para mí resultan más fríos y llenos de carámbanos afilados que veinte inviernos sin leña. Veinte inviernos ya desde que Odiseo zarpó con sus doce barcos, con las velas hinchidas y su millar de guerreros, de torsos duros como el pedernal, tan diestros en el combate como en la boga. Llevo casi veinte inviernos peinando mis cabellos con los peines de oro que Odiseo ordenó labrar para mí, lavándolos con agua de romero, nutriéndolos con pétalos de olor y otros afeites. Y ¿para qué, si Odiseo no vuelve? Aquí está el lecho (*Acariciándolo.*) que, con sus propias manos, Odiseo construyó para nuestra intimidad. Madera de olivo, bronce y vellón de carnero... ¿De qué me sirve esta hermosa cama si estoy sola? A veces preferiría cortarme el

cabello, en señal de duelo, y descansar por fin de este eterno funeral sin difunto.

EURICLEA.- ¿Mutilar de raíz vuestra hermosa melena? ¡Ay!, señora, no digáis tal cosa, no lo penséis, ni por un momento.

PENÉLOPE.- Pues lo pienso, lo pienso de verdad y continuamente. Por ese envidia a esas mujeres vulgares, a las pescaderas, con sus ropas malolientes y sus cabellos greñudos. Las envidia porque son mujeres, pero son vulgares y si sus hombres mueren en el mar, el mar se los devuelve, se los entrega en la playa, rebozados en arena, con la boca vomitando algas y los ojos abiertos de par en par, espantados por las visiones del Hades. No se los devuelve ungidos de aceite, ni entre antorchas, ni adornados con sus mejores galas, ni pertrechados tampoco con sus armas de guerra, pero se los devuelve. Por eso envidia a esas mujerzuelas de pechos mustios, a las que Poseidón deja viudas, pero el mar les entrega a sus difuntos. Ellas si pueden velar la carne que las amó, aunque esté fría; si pueden acariciar los labios de su deseo; si pueden dormir desnudas por última vez, piel con piel, con el hombre que las hizo aullar de gozo. Y yo, no. No puedo liberarme de este dolor insufrible, de esta duda inmisericorde. ¿Cuánto amor queda aún en mi corazón, cuánto dolor, cuántas cadenas?

EURICLEA.- Mi señora, por piedad, no os atormentéis, dejad el castigo en manos de los dioses.

Sin escuchar a la nodriza.

PENÉLOPE.- Esas mujeres, las pescaderas, enviaron a sus esposos a la mar, para que se ganasen la vida con la pesca, y el mar se los devolvió sin pescado y sin vida, pero se los devolvió. Y yo sigo aquí sola. Yo que vi partir a Odiseo y llevo veinte años esperando su regreso ya no soy su reina ni su esposa ni tampoco su viuda: sólo soy una cautiva, la cautiva de su ausencia. Estoy cautiva en este palacio, vigilada por mi hijo, por mis pretendientes y por el recuerdo de Odiseo. Cautiva de todos. Incluso de mi dolor. Presa de mi memoria. Yo contemplé como mi esposo se echaba en los brazos del mar y el mar me lo ha robado y se niega a devolvérmelo. ¿Comprendes ahora el porqué envidia a las pescaderas? ¿Lo comprendes, Euriclea?

Mientras habla Penélope, la nodriza cuenta y recuenta las madejas de hilo que contiene el arca y las dispone de la mejor forma posible. Las muchachas del coro musical han vuelto a su interpretación cansina, casi dormidas, incapaces ya hasta de cantar; por lo que tan sólo tañen y soplan sus instrumentos con una desgana infinita.

EURICLEA.- Señora, ¿cuántos palos se han llenado esta noche?

La reina cuenta tanto los palos vacíos como los completos y antes de terminar da un resultado erróneo.

PENÉLOPE.- Siete, como cada noche. No, no, Euriclea, cinco. Han sido cinco, cinco husos. ¿Cuántos tienes tú en el arca?

EURICLEA.- Nueve, señora.

PENÉLOPE.- Pues ya está la cuenta: nueve que tienes tú en el arca, cuatro que hay en el cesto y dos palos vacíos, los quince husos que utilizamos cada día y cada noche desde que comenzamos a tejer la mortaja del rey Laertes.

EURICLEA.- Pero esta noche no hemos deshecho lo suficiente.

PENÉLOPE.- Cierto, la mortaja sigue creciendo y, a pesar de ello, se agrava la impaciencia de mis pretendientes.

EURICLEA.- Hasta podrían llegar a sospechar, mi reina...

PENÉLOPE.- Tienes razón, nodriza. *(Dirigiéndose a las cantantes que ni siquiera la miran.)* Tened la boca cerrada, niñas, y que ninguna de vosotras se acerque a los pretendientes. Vigílalas, Euriclea. Hay que mantener la cautela, aunque esta noche hayan ganado ellos. Con el resplandor del sol tejí más de lo que deshice a la luz del aceite. Al menos, el ambicioso y desconfiado Antínoo no podrá acosarme esta vez con ínfulas de príncipe herido en su orgullo soez. Aquí está la prueba, ¡oh! varón descreído, aquí está la humilde mortaja que tejo para mi suegro el rey Laertes, que se recluyó en los montes tan pronto como su amado hijo Odiseo se echó a la mar. Un paño que con tus propios ojos puedes ver Antínoo. Y tú también, Eurímaco, el de los hermosos presentes, una mortaja que crece cada día...

EURICLEA.- ... y mengua cada noche.

Ambas mujeres rien lo que despierta a las muchachas, que están definitivamente traspuestas. Penélope y la nodriza se hacen señas de mantener la discreción ante las esclavas. Euriclea cierra con llave el arca después de guardar en ella todos los ovillos y husos vacíos. Penélope se levanta y se asoma una vez más al ventanal.

PENÉLOPE.- ¡Ay, mi espalda! Estoy cansada, Euriclea.

EURICLEA.- Ya está amaneciendo, señora, es hora de dormir.

La nodriza recorre la estancia apagando lámparas derrotadas por los húmedos dedos del alba.

PENÉLOPE.- Dices bien, nodriza. Ahí está la prueba. *(Señala a las muchachas.)* No hay mejor señal de que ha llegado el día, que el sueño de estas muchachas. Ni siquiera el sol las iguala en su puntualidad. Daría mi áurca diadema por poder derramar algo de su sueño sobre mis desvelados párpados. Pero aunque duerman no hay que fiarse de ellas. *(A la nodriza.)* Recógelo todo, no quiero que mi hijo vea mis aposentos desordenados cuando entre a darme los buenos días. Con todo revuelto y tantos aspirantes a ocupar mi lecho, Telémaco podría figurarse que no acepto someterme a sus designios por algún motivo oscuro. Y hasta no sé qué cosas peores...

EURICLEA.- Telémaco ya es un hombre, señora, y puede comprender...

PENÉLOPE.- No lo creas, aún está muy tierno. Parece un joven hermoso, robusto, adorable, pero Telémaco es un niño. Si casi no tiene bello en el rostro todavía... Y estas muchachas, que se vistan con rapidez. Y que adecenten sus ropas antes de salir. Su desnudez debe ser el cortafuegos que me proteja de la lujuria de mis pretendientes, no una tea incendiaria en medio del vino dulce y de otros excesos. Aún no hubo hombre que oficiase los sagrados ritos en sus cuerpos, aseguran las mozas. Podría ser verdad en alguna, pero, al contemplar la tersura de sus senos y la rotundidad de sus caderas, no me explico cómo es posible que aún permanezcan vírgenes sin ser canéforas que estuviesen consagradas a la diosa Atenea y residieran en su templo. Todavía son tan jóvenes y bellas que hasta temo que Telémaco me las reclame, el día menos pensado, para que le sirvan el vino en sus aposentos.

EURICLEA.- Pero él ya tiene un copero y hasta un joven esclavo que le sirve...

PENÉLOPE.- Lo sé, lo sé. O acaso ignoras que conozco perfectamente el corazón de mi hijo, vieja nodriza. Fui yo quien lo alumbró, no tú. Telémaco será algún día otro Odiseo, pero aún lleva mi sangre. Nueve meses lo tuve en mi vientre y durante siete de ellos, cada día ofrecí hojas de ciprés en el templo de Artemisa, más por temor a dar a luz a una hembra, que sería mujer, al fin, y rehén de las alcobas como yo, aunque princesa fuera, que por miedo a perder el aliento de Odiseo. Artemisa se apiadó de mí dándome a Telémaco, que no sólo es un varón, apuesto, fuerte y generoso, sino también la viva imagen de

su padre. Ni siquiera el grano de trigo se parece tanto a la simiente que le dio la raíz y la vida. Los dioses han querido que Telémaco sea mucho más hijo de Odiseo que hijo mío. Acepto sus designios, porque me han concedido otro Odiseo para el trono de Ítaca. Telémaco será un gran rey en poco tiempo, aunque a veces pienso que es demasiado cándido...

EURICLEA.- El príncipe todavía es joven, mi reina.

PENÉLOPE.- No me contradigas cuando hablo de mi hijo, vieja insolente. Conozco muy bien hasta el menor de sus deseos, cada uno de sus miedos y la más secreta de sus ambiciones. Telémaco quiere ser rey de Ítaca, y quiere serlo ya. Yo le estorbo, permaneciendo en este palacio. No me obliga a casarme, pero le gustaría que yo eligiese un esposo o, al menos, que regresase a la casa de mi padre y que el anciano Icario preparase mi boda. Mas, lo desea con tal candidez que hasta me hace dudar de que solamente sea hijo de Odiseo. ¿No se habrá diluido el ingenio de su padre en la melaza de tus atenciones, vieja insensata? ¿No le estarás amamantando con caprichos de nodriza? (*El ama de cría palidece.*) ¿No respondes? (*Breve silencio.*) No hace falta que respondas, tu silencio habla por ti.

EURICLEA.- No sé qué decir, mi señora.

PENÉLOPE.- Pues bien que sabes hablar cuando el asunto no te concierne. Telémaco cumplió ya las veinte primaveras y aún no he visto a las esclavas entrar y salir de sus aposentos. ¿No le habrás instruido tú misma, vieja desdentada, en los misterios de Afrodita? (*Euriclea intenta hablar; pero Penélope no la deja.*) Calla. Esconde tu lengua indigna. No quiero escuchar nada más de esa boca. Échale una llave a tus labios y ocúpate de las esclavas. Que se vistan y que salgan de mis aposentos. ¡Rápido! Pero ocúltalas de los pretendientes, no vayamos a convertir mi ungüento protector contra la lascivia de los principales varones de estas islas en una pócima afrodisiaca para mis incansables enamorados. Salid, salid todas, vamos.

La nodriza ayuda a las muchachas, arreglándoles las túnicas para que no sean tan patentes sus pechos y sus glúteos.

EURICLEA.- Vamos, vamos, salid ya. Idos a dormir a vuestros camastros. Y tú, llévate la lira. Esos pechos bien tapados, Melantea... Y disimulad las carnes, que no hay que darle pretextos a Eros ni, muchísimo menos, encalabrar a los sátiros cuando están ebrios. Mi reina...

Euriclea sale de espaldas a la puerta, haciéndole una reverencia a Penélope. La reina se queda sola en escena, arreglándose un poco el pelo mientras fuera se oye a Telémaco hablando con su nodriza.

TELÉMACO.- (*Voz en off.*) Nodriza, nodriza, ¿se ha despertado ya mi madre?

EURICLEA.- (*Voz en off.*) Apenas si hace un instante que abrió los ojos, mi príncipe.

TELÉMACO.- (*Voz en off.*) ¿Ya se vistió el chitón y adornó sus cabellos con la diadema que le regaló mi padre? ¿Puedo verla ya?

Penélope, que había empezado a desnudarse y sigue la conversación sentada en su lecho, se pone en pie y trata de recomponer la figura mientras busca sus joyas.

EURICLEA.- (*Voz en off.*) Joyas no le faltan a mi señora y vestida está, así que tal vez te permita que entres en sus aposentos para verla. (*Penélope, azorada, se adecuenta la ropa.*) Pero no la molestes mucho, mi niño. Tu madre no ha descansado bien esta noche.

TELÉMACO.- (*Voz en off.*) ¿Por qué no ha dormido bien? ¿Está enferma? Algo me ocultáis las dos, pues últimamente nunca descansa bien y no sale de sus aposentos hasta muy entrada la tarde. Incluso come en su lecho. Voy a verla ahora mismo.

EURICLEA.- (*Voz en off.*) Telémaco, espera, Telémaco...

Entrando en escena.

TELÉMACO.- ¡Madre, madre! ¿Qué te pasa, madre? ¿Cómo estás?

PENÉLOPE.- Estoy bien, hijo mío, muy bien. ¿Por qué lo preguntas? ¿A qué viene esta preocupación tan repentina? Y con ese tono de voz tan angustiado. ¿Qué te ocurre, Telémaco?

TELÉMACO.- ¿De verdad que estás bien?

PENÉLOPE.- Claro que sí, hijo; me encuentro perfectamente.

TELÉMACO.- Pero dice Euriclea que no has descansado.

PENÉLOPE.- Euriclea, Euriclea... No le hagas caso. Las viejas nodrizas se pasan el tiempo preocupadas, cuando no es por sus hijos de leche lo es por los de sangre, por las madres y hasta por las esposas de sus amamantados... Y tú, ¿cómo estás hijo mío?

TELÉMACO.- Bien, madre, muy bien. Dispuesto a montar el arco.

PENÉLOPE.- ¡Ah!, piensas salir de caza esta mañana. Y ya, tan temprano. Si aún casi no se ve. Tu padre...

Interrumpiéndola.

TELÉMACO.- No me refiero al arco de caza, madre.

PENÉLOPE.- ¡Ah!, no. Tu padre siempre caza con arco. Con arco y con perros. Estoy segura de que allí donde esté ahora mismo echará de menos a sus perros de caza. Crio uno... ¿Cómo se llamaba aquel perro...?

TELÉMACO.- Creo que le llamabais Ar...gos, o algo parecido. Me lo dijiste una vez, pero ya casi no lo recuerdo.

PENÉLOPE.- ¿Ar.gos, Argos?... Sí, me parece que se llamaba Argos, como bien dices. Porque era blanco. Ese perro se convirtió en su favorito. ¡Y sólo era un cachorro! ¿Qué habrá sido de él?

TELÉMACO.- Lo más probable es que muriese hace años. Los perros suelen vivir menos que sus amos...

PENÉLOPE.- Sí, es cierto. Y ha pasado tanto tiempo... Habrá muerto esperando el regreso de su rey. Y es una pena, porque ese animal descendía de los perros de tu bisabuelo Autólico, que fue quién enseñó a cazar a tu padre. Odiseo presume con orgullo de la herida que le hizo un jabalí durante una cacería con su abuelo en el monte Parnaso. Fue a rematarlo con el puñal y el animal se revolvió alcanzándole en un pie. Tú ten mucho cuidado cuando montes el arco de caza, hijo mío. Toda precaución es poca frente a un enemigo herido.

TELÉMACO.- No te preocupes, madre, no voy a salir de caza.

PENÉLOPE.- Y si no vas a salir de caza, ¿para qué pretendes montar el arco?

TELÉMACO.- Voy a montar el arco de mi padre, el arco grande, el que le regaló Ífito. Quiero disparar sus dardos y ser digno de él; quiero hacer honor al arco que usaba Odiseo. Deseo mostrarme ante todos como lo que soy, como el digno hijo del rey de Ítaca, el heredero legítimo de su trono.

PENÉLOPE.- Noble empeño, hijo mío, pero ya eres para mí y para todos los que te conocen el digno hijo de Odiseo. El día que tu padre vuelva y vea su arco en tus manos, el corazón le dará un brinco de alegría. Adelante, Telémaco, monta el arco que Ífito le regaló a Odiseo. Tensa su cuerda, hijo mío. Te pertenece por derecho. Algún día, su arco y su trono serán tuyos; todo el reino de Ítaca te pertenecerá y nada ni nadie osará disputártelo. Sé que ese momento llegará y sólo te pido que me permitas verlo a tu lado. Pero ahora, ven, hijo, ven, siéntate aquí conmigo (*Le lleva hasta la cama.*) y descansa tu rostro en mi pecho, como hiciste tantas veces cuando todavía sólo eras un niño. ¿Recuerdas? Tenemos que hablar del arco de Odiseo y de tantas otras cosas...

Penélope acaricia el rostro de Telémaco como si aquilatase la edad del joven en los indicios de una barba aún muy blanda.

TELÉMACO.- Sí, madre.

PENÉLOPE.- Porque no todo debe ser corazón, Telémaco, por muy noble que sean los sentimientos. No todo tiene que ser valor y fuerza, hijo mío. Para vivir también se precisa astucia. La astucia es nieta de la sensatez; es otra forma de la sabiduría, una inteligencia callada pero siempre puesta al servicio de las intenciones. ¿Te he contado alguna vez qué hizo tu padre para ganar la guerra y someter a Ilión?

TELÉMACO.- Claro, madre. Muchas veces lo oí de tus labios cuando todavía me acunabas: mi padre luchó y luchó y sigue luchando para regresar a Ítaca. Tú y yo lo sabemos bien. Nadie nos cree, pero nosotros lo sabemos. Los dos mantendremos firme su recuerdo y aquí, en su casa, me hallará mi padre, el rey, cuando regrese a su trono colmado de honores y cargado de tesoros que palidecerán de envidia ante el brillo de su gloria.

PENÉLOPE.- Bien, hijo, bien, pero déjame que te lo cuente otra vez. Ven, quédate aquí, conmigo, en el lecho...

Penélope sigue acariciando el rostro de Telémaco y empieza a contarle una vez más la historia de Ulises. Mientras habla, con Telémaco acurrucado en sus brazos, la iluminación en las estancias de la reina va

disminuyendo de intensidad lentamente, hasta que llega al punto de la oscuridad total. Simultáneamente, en otra parte de la escena que ha permaneció a oscuras comienzan a oírse risitas y cuchicheos y el aumento de la intensidad de la iluminación permite ver a nuevos personajes. Se encuentran en una estancia interior de un palacio, en una sala en la que hay una galería de columnas. Al fondo, de pie, recortadas en el vano de una puerta, se ve una pareja de personajes regios, un rey y una reina, y en primer plano mujeres jóvenes que danzan, juegan, ríen, se acarician y se divierten. Una de ellas se adorna con diadema y joyas de oro que le dan cierta preeminencia sobre las demás, que gastan complementos de factura más modesta. Muy lentamente, mientras Penélope vuelve a contarle a Telémaco un episodio de la guerra de Troya, estos nuevos personajes van ocupando la totalidad de la escena hasta que el relato de Penélope pasa a ser en off, pues aunque ella siga sobre el escenario ya no se la ve. Telémaco también desaparece, así como el mobiliario correspondiente al dormitorio de la reina. En todo caso, la transición debe ser pausada y muy natural.

TELÉMACO.- ¿Así, madre?

PENÉLOPE.- Sí, así, contra mi pecho. Como ya te he dicho muchas otras veces, los dioses gozan con la desazón de los humanos. Eris, diosa de la discordia, avivó el orgullo de Hera, de Afrodita y de Atenea azuzándolas, con una manzana de oro, a proclamarse la diosa más bella. Las tres le pidieron a Zeus que actuase como juez y declarase quien de ellas reunía más belleza, pero Zeus, temeroso de causar el enojo de las derrotadas, no quiso intervenir en la contienda y puso como juez al príncipe Paris de Ilión. Paris escuchó los argumentos de las tres diosas: Hera le ofreció poder, si la declaraba la diosa más bella. Atenea le prometió sabiduría, si la elegía a ella. Y Afrodita, a cambio de ser considerada la más bella de las diosas, se mostró dispuesta a pagarle con la misma moneda, entregándole el amor de la mujer más bella que hubiese sobre la tierra.

TELÉMACO.- ¿De la mujer más bella?

PENÉLOPE.- Sí, de la más bella. El amor de mi prima Helena, la esposa de Menelao, pero Afrodita, que ya había elegido el regalo, no se lo desveló. El príncipe Paris sopesó las razones de cada una y resolvió que la más bella de las tres diosas era Afrodita.

TELÉMACO.- Paris eligió el amor, despreciando el poder y hasta la sabiduría.

PENÉLOPE.- Yo creo que, antes que el amor, Paris eligió la belleza. Pero sí, dices bien, hijo mío, el príncipe Paris despreció el poder y no apreció la sabiduría. En cualquier caso, Afrodita cumplió su compromiso y, tras ser declarada la diosa más hermosa, hizo que mi prima Helena, a pesar de ser la esposa de Menelao, rey de Esparta, perdiese la cabeza por Paris, como una vulgar perra, y huyese con él a la corte de Ilión llevándose parte del tesoro real. Ante semejante afrenta, toda la Hélade se levantó en armas y subió a los barcos de guerra. Al principio, tu padre no quería ir al combate, pero luego recorrió los reinos arengando a los guerreros.

TELÉMACO.- Y todo comenzó con una simple manzana de oro.

PENÉLOPE.- Con una manzana, con tres divinas soberbias y con la disputa de un título de la belleza. No lo olvides. Con tanto fuego en el brascillo era inevitable que alguien se quemase.

TELÉMACO.- ¿Cómo eran los barcos de mi padre?

PENÉLOPE.- Eran doce navíos veloces y fuertes... Pero espera, Telémaco, no te impacientes. Debes aprender a tener paciencia, hijo mío, pues solamente así estarás siempre preparado para sorprender a tus enemigos. Con paciencia y tenacidad, vencerás.

TELÉMACO.- Pero mi maestro de armas me instruye en la importancia de la sorpresa, de la rapidez...

Penélope acaricia el cabello de su hijo y juega a hacerle tirabuzones con los dedos.

PENÉLOPE.- Escucha, escucha... De poco sirve la rapidez si combate sola. La astucia, en cambio, siempre actúa acompañada, pues es hija de la sabiduría y hermana de la paciencia. Escucha, Telémaco. Helena siempre fue muy hermosa, desde niña, la más hermosa de las mujeres, así que tuvo muchos pretendientes. Mi prima brillaba como una antorcha encendida en la oscuridad y su luz atraía y cegaba a los mortales. Unos la cortejaron y otros hasta quisieron tomarla por la fuerza. Finalmente fue entregada como esposa a Menelao. Pero antes, por consejo de tu padre, Odiseo, todos los pretendientes de la bella Helena se comprometieron a aceptar y a defender los derechos sobre la futura esposa de aquel de ellos que fuese designado su marido. En virtud de ese compromiso, y debido a que los reyes y príncipes aqueos no podían consentir la ofensa de que un extranjero como Paris asaltara sus gineccos, aunque el botín sólo fuera una mujer y parte del tesoro de Esparta, estalló la guerra contra Ilión.

TELÉMACO.- Y mi padre fue a Ilión, a luchar al frente de los mejores guerreros de Ítaca.

PENÉLOPE.- Y con ellos sigue aún. Estoy segura. Odiseo se embarcó para luchar en Ilión y arrancar a Helena de los brazos de su amante, pero antes se aseguró de que los ejércitos aqueos ganarían la batalla.

TELÉMACO.- ¿Sí...? ¿Y cómo lo hizo?

Comienza la transición lumínica desde el dormitorio de Penélope a la nueva estancia palaciega.

PENÉLOPE.- Con astucia, con mucha astucia. Se sabía desde antiguo, por las revelaciones del adivino Calcante, nieto del dios Apolo, quien le había otorgado el poderoso don de la profecía, que los aqueos no entrarían en Ilión si Aquiles no combatía en la guerra. Pero Aquiles, el más veloz de todos los guerreros, y Tetis, su madre, también sabían que si Aquiles combatía en Ilión moriría ante sus murallas. Caería colmado de gloria, pero caería sin aliento. Para hacerle invulnerable y darle la inmortalidad, su madre había bañado a Aquiles en las aguas del río Estigia, sujetándolo por ambos talones, que permanecieron fuera del agua, secos. No se mojaron y Tetis no se percató de este detalle. Ni las flechas ni tampoco las lanzas podían atravesar el pecho de Aquiles, pero sus talones eran vulnerables. A su madre seguía asustándole la profecía de Calcante, quien había anunciado que Aquiles moriría joven y cubierto de gloria si luchaba en Ilión y viviría hasta la vejez, pero sin reconocimientos ni honores, en el caso de que no empuñase las armas. Así que Tetis escondió a su hijo en la isla de Skyros. Y no pareciéndole esa isla un escondite suficientemente seguro, introdujo a Aquiles en el palacio del rey Licomedes. Y no sólo eso, sino que lo ocultó entre las hijas del rey, en la profundidad del gineceo. *(Todavía en la oscuridad, se oyen las risas de las jóvenes.)* Y aún más: vistió a Aquiles con ropas de muchacha y adornó sus cabellos rubios y sus muñecas y también sus orejas con joyas de mujer.

TELÉMACO.- ¿Y Aquiles no opuso resistencia?

Empiezan a verse las estancias del palacio del rey Licomedes mientras la oscuridad llega al dormitorio de Penélope.

PENÉLOPE.- ¡Cómo resistirse al amor de una madre! ¿Lo harías tú, hijo mío?

Mientras Penélope y su hijo desaparecen entre las pieles del lecho, las hijas del rey Licomedes y otras muchachas ocupan la escena. Entre ellas

está Aquiles, tan eficazmente vestido de mujer que, en el barullo de las risas y de los juegos, no se le distingue. El rey Licomedes y su esposa se encuentran de visita en el gineceo de su palacio. Entra en el gineceo una criada y se dirige al rey.

ASISTENTA.- Majestad, un mercader ha llegado a las puertas de palacio y pide permiso para mostrar sus mercancías.

LICOMEDES.- ¿Qué vende ese mercader?

ASISTENTA.- Pregona telas finas, joyas, perfumes y aceites para las princesas.

Al oír el mensaje de la asistenta, todas las jóvenes dirigen sus rostros expectantes hacia el rey.

LICOMEDES.- Bueno, que espere. Ya lo veré...

La princesa Deidamia encabeza una exclamación colectiva de desaprobación y de desencanto en casi todas las jóvenes del gineceo real.

DEIDAMIA.- ¡Noooo! Dejad que el mercader llegue hasta nuestros aposentos, padre. Por favor. Queremos ver sus telas...

SEGUNDA HIJA DE LICOMEDES.- Y sus perfumes...

TERCERA HIJA DE LICOMEDES.- Y sus joyas...

Simulan que se adornan con ellas.

DEIDAMIA y las demás muchachas, a coro.- ¡Por favor majestad!

Las jóvenes imploran, Licomedes pide amparo a su esposa, pero está asiente con la cabeza, así que el rey se ve obligado a ceder.

LICOMEDES.- Bien está, hijas mías; si tanto interés tenéis en ver esas telas, que pase el mercader.

Deidamia y sus compañeras saltan de alegría, ríen y palmotean. Instantes después, la asistenta le da paso al mercader, al que acompañan dos criados que portan un gran cesto cuyo contenido está oculto por una tapadera de mimbre o por una pellica de oveja. El mercader saluda con reverencias.

MERCADER.- Noble rey de Skyros, princesas... *(Las jóvenes se arremolinan ante él como si hubiesen oído cantos de sirenas.)* Permitid que os muestre las mejores telas de toda la Hélade, paños dignos del divino telar de Atena. Traigo el oro más fino, fundido en los mejores crisoles y labrado por los más diestros artesanos. Llevo brazaletes, zarcillos, arracadas... Con decoración de filigrana... *(Señalando el cesto.)* Y os he traído también conchas de puro nácar, llegadas desde los mares más lejanos, y corales que el mismo dios Tritón y hasta su padre, el divino Poseidón, envidiarán cuando adornen vuestros cuerpos...

La expectación y el nerviosismo de las jóvenes crece por momentos.

LICOMEDES.- Basta de palabrerías, mercader. Mostradnos de una vez ese género que con tan desmedido orgullo alabáis.

A un gesto del mercader, sus criados se adelantan con el cesto, lo colocan en el pavimento de la sala y abren la tapa del mismo. Las jóvenes sacan de la cesta telas que se pasan de unas a otras ciñéndoselas a sus cuerpos, así como diademas, pulseras, fíbulas y pendientes que se prueban con deleite y se quitan de las manos unas a otras, conchas, frasquitos de perfume, auténtico para que su aroma ahonde en la verosimilitud de la representación, que destapan y vierten... Las telas, de lino y de lana, no deben ser multicolores ni de color azul. En la época a la que se refiere Homero, la industria de los tintes aún era muy modesta y no permitía hacer combinaciones multicolores. Además, no se conocía un tinte natural, ni tampoco lo había artificial, para el azul, por lo que este color no se podía reproducir a voluntad fácilmente. Si estaba muy extendido el uso del color púrpura -la más afamada era la de Tiro-, y había colores rojizos, amarillos, naranjas, negros, marrones y también verdosos. En todo caso, la escena debe recordar al primer día de rebajas en un lujoso centro comercial español. La pareja real de Skyros contempla lo que ocurre con asombro y felicidad. A medida que las jóvenes van vaciando la cesta, entre las telas quedan a la vista un escudo y una espada, que llaman la atención de una joven de dorados cabellos que sonríe arrodillada junto al cesto. La princesa Deidamia se coloca una diadema de oro y se dirige a la muchacha de los cabellos dorados, mientras las demás siguen probándose prendas.

DEIDAMIA.- Mira, Pirra, ¿estoy guapa?

Pirra no la ve ni tampoco la oye, pues en ese instante toda su atención está centrada en las armas que ofrece el mercader.

DEIDAMIA.- Pirra, Pirra... ¿Pero qué haces?

Pirra toma el escudo, ante la cara de satisfacción del mercader, que le ayuda a abrazarlo, y empuña la espada. Entonces, a una señal del mercader, sus dos criados se llevan a los labios sendos cuernos que escondían entre sus vestidos y cortan el aire con una llamada a la guerra. Pirra reacciona poniéndose en posición de combate. El mercader se dirige directamente a Pirra.

MERCADER.- Las joyas y las ropas de mujer os sientan tan bien...

DEIDAMIA.- ¡No, Pirra, no, nooooo!

MERCADER.- ... que hasta los mismos dioses tendrían dificultades para distinguir si en verdad sois una hermosa muchacha o un varón escondido entre doncellas.

Abrazándose al cuello de la joven de la melena dorada.

DEIDAMIA.- ¿Por qué Pirra, por qué? ¿Por qué lo has hecho?

MERCADER.- La ropa puede ocultar la auténtica identidad y hasta darte otra nueva, Aquiles, pero nunca calcinará ni tu virilidad ni tampoco tu valor. El honor y el arrojo de Aquiles, el más bravo de los guerreros aqueos, no pueden perecer entre las caricias de las telas, por finas que sean, ni aunque te escondas tras el falso nombre de Pirra. Siempre serás Aquiles, siempre.

Todas las muchachas rodean y abrazan, por la cintura, por las piernas, por el cuello y por los brazos a Pirra, que sonríe de forma confusa y con dificultad empieza a quitarse pendientes, pulseras y la ropa femenina, quedando al descubierto su hermoso cuerpo de varón.

AQUILES.- ¿Quién eres, mercader?

Ulises se desprende de algunas de las prendas con las que disimulaba su identidad.

MERCADER.- Soy Odiseo, hijo de Laertes y de Anticlea, rey de Ítaca.

AQUILES.- ¿Y quién te envía, Odiseo, para que hayas irrumpido con semejante ardid en mi destino?

ODISEO.- Los dioses me envían, valeroso Aquiles; los dioses, que han reservado para ti el honor de la victoria ante las murallas de Ilión. He venido hasta la corte del rey Licomedes para que te unas a los guerreros, para que subas a tu navío y para que zarpes con todos los valientes de la Hélade en el ejército del átrida Agamenón, rey de Micenas.

Colgada de su cuello.

DEIDAMIA.- ¡Noo, Pirra, noo! No vayas a la guerra. Quédate conmigo y con nuestro hijo. No necesitas la victoria para ser feliz; quédate con nosotros, en la casa de mi padre. Skyros es tu reino. No te faltarán honores. Que Pirro, nuestro hijo, crezca feliz viéndonos envejecer juntos.

ODISEO.- Escucha a los dioses, Aquiles. No puedes cambiar tu destino. Eres un guerrero, el más valiente y veloz de los guerreros. Embraza bien tu escudo, toma tu coraza, tu casco, tu espada y tu lanza y ven conmigo. La gloria nos espera en Ilión.

DEIDAMIA.- No hay mayor gloria que la felicidad de los que te amamos, Pirra; en ninguna otra sangre hallarás tanta gloria, esposo mío. ¡Quédate, quédate conmigo, Pirra, quédate!

ODISEO.- No escuches los labios de esta mujer, Aquiles. Oye la llamada de los dioses. *(Los dos criados de Odiseo vuelven a llevarse a la boca los cuernos de guerra, que resuenan con estruendo.)* Ellos, que te han permitido aparentar que eras una tierna joven, ahora esperan de ti un gesto de verdadero hombre. Los dioses sabrán recompensar con gloria inmarchitable tu gesta de varón y de héroe. Ven conmigo, Aquiles. Hay más felicidad en el relincho de un caballo enjazzado para el ardor del combate, que en las caricias de una mujer en la paz del lecho conyugal. Aquiles, tu madre te alumbró para el sol ardiente del campo de batalla, no para la luz mortecina de un gineceo.

Sin desprenderse de las armas, Aquiles acaricia a Deidamia, la besa en la frente con ternura, golpea el escudo con la espada y se decide.

AQUILES.- Vamos, Odisco. Sígueme. Vayamos cuanto antes a Ilión; no hagamos esperar ni a los dioses ni tampoco a la gloria.

Aquiles sale del gineceo seguido por Odiseo y por los dos criados del supuesto mercader. Atrás quedan el rey Licomedes, su esposa, Deidamia, sus hermanas y las demás muchachas, impotentes, abrazándose

para mitigar su desolación. En el centro de la escena, abandonado ya al desinterés, permanece el cesto por cuya boca asoman todavía algunas telas mientras que otras piezas yacen desperdigadas por el suelo como un montón de medias en rebaja.

TELÓN.

SEGUNDO ACTO.-

Mégaron, el salón principal, del palacio real de Ítaca. Entre las columnas que sostienen el techo hay mesas bajas de madera en torno a las que están distribuidos los príncipes y nobles que pretenden casarse con Penélope. Fueron tantos que superaban el centenar, según narró Homero en La Odisea. Cada uno de ellos viste ricos ropajes de fiesta, casi todos de color púrpura, aunque también los hay blancos y tostados. Ninguno es azul, lógicamente. Es media tarde. Sobre la mesa hay cestos con panecillos, cuencos con aceitunas, cestillos con cebollas y ajos, huevos de oca cocidos, quesos, bandejas con morcillas, costillas y perniles de cerdo y cabrito asado en cuartos, así como anchas y planas copas, llamadas kilix, para el vino, que está guardado en una crátera de grandes proporciones de la que se saca introduciendo jarras, cnócocs, sostenidas por el asa, para escanciarlo después en los kilix que los comensales se llevan a los labios. Más que sentados a la mesa, los pretendientes están tumbados alrededor de ella, con la mano izquierda en el kilix y la derecha en los alimentos, que toman directamente de las bandejas con los dedos, aunque alguno usa su puñal a modo de tenedor para llevarse la morcilla a la boca y luego lo clava en lo alto de la mesa con un golpe decidido. Entre los príncipes circulan los sirvientes, todos varones, pues en estos convites no estaba permitida la presencia de mujeres, salvo cuando formaban parte del menú, que escancian el vino y ponen y quitan las bandejas. También está Femio, aedo de Ítaca, que recita poemas épicos acompañándose con una lira. Sin prestar atención a sus cantos, los príncipes departen con gran camaradería, con risas, abrazos y algún pequeño enfrentamiento, en una comida que, a pesar del escenario, del lujo de los ropajes, de la vajilla y de las viandas, parece más una juerga que una cena de gala. Los pretendientes se sienten en su propia casa y hacen ostentación de ello. Al fondo del mégaron hay una escalera que comunica con las estancias superiores del palacio real. El aedo recita mientras tañe su lira.

FEMIO.- ...no les frenó la sangre a los héroes de la guerra, / ni las murallas de Ilión cayeron sobre sus cabezas / para ser tumba y memoria de su aliento. / No les frenó el filo del bronce, / ni el brillo de las flechas, rayos de la muerte, / ni tampoco el trueno de las lanzas atravesando sus pechos...

Dirigiéndose al aedo.

ANTÍNOO.- Descansa un poco Femio, luego continuarás deleitándonos con tus versos. Escuchadme, todos. *(El resto de los pretendientes dirigen su*

rostro hacia él.) No sé yo quien ponga en duda las habilidades de Penélope pues, aunque todas las mujeres de la Hélade dominan las artes del telar, como mujeres que son, sin duda es nuestra Penélope la más experta en el manejo de los hilos y de las madejas. Lo sé muy bien.

TOANTE.- Ahora no mientes. Ni siquiera exageras, Antínoo, que ni las arañas, hijas de la joven Aracne, que osara retar a la diosa Atenea, por lo que perdió su cuerpo de mujer y fue convertida en bicho, ni las arañas, digo, tejen paños de lana y de lino tan finamente trenzados como nuestra admirada Penélope.

AGELAO.- Cállate Toante y deja que Antínoo termine su discurso.

ANTÍNIOO.- Gracias a los dos. Tenéis mi respeto y mi afecto. A ti, Toante, por interrumpirme, pues me das la oportunidad de repetir lo que ya he dicho. Y a ti, Agelao, por cerrarle la boca al 'sabio'. *(Todos ríen con grandes carcajadas.)* Al 'sabio' Toante y pedirme que alargue mi discurso.

Nuevas risotadas.

ANFÍNOMO.- Te lo mereces, Antínoo. Tus palabras son lo mejor del banquete. Y sé muy bien lo que digo, pues tuve un buen maestro de oratoria.

Anfinomo, que es bastante barrigón y algo mayor, alza su kílax en honor de Antínoo y bebe.

ERICTONIO.- Las palabras que salen por la boca de Antínoo, ¿son lo mejor de este banquete, Anfinomo? Tu lengua menosprecia los cantos de Femio, que es, con mucha diferencia, el mejor acdo de Ítaca. *(Palpándole el vientre a Anfinomo.)* Y vco que no has probado las morcillas, ni el cabrito asado, ni las cebollas en vinagre, ni los huevos de oca...

Risas.

EURÍMACO.- ... ni las aceitunas, ni el queso, ni el puerco, ni, por supuesto, el vino especiado...

Alzado de kílax y risotada general que baja de tono cuando entran criados con bandejas humeantes.

ASFILÓN.- Atención, atención que por fin llega el pescado.

Todos miran con expectación las bandejas que los criados llevan a la mesa.

ANFÍNOMO.- ¡Ah!, pescado recién cocinado: anguilas del lago con almendras y piñones... Mi plato favorito. ¡Qué aroma, qué perfume!

Anfinomo alza el puñal para alcanzar una tajada de la bandeja inmediatamente llena de dedos pero Asfilón le para en seco.

ASFILÓN.- Alto ahí, Anfinomo, las anguilas son para nosotros. A ti ya te sacia lo suficiente el discurso del gran Antínoo.

Nueva risotada.

ERICTONIO.- Y si no le llenan sus palabras, que hable él, que, por su oratoria y persuasión, es muy estimado por la reina de esta casa, a la que deleita con la sabiduría y el reposo que da la edad cuando se debilita el impetuoso e impaciente propio de la juventud.

Carcajadas.

ANFÍNOMO.- Bromeas, Erictonio, y, además, yerras. Nada envejece más que el corazón y el mío aún es joven, a pesar de que cuando salí de Aretiada y llegué a este palacio, para ofrecerle mi espada a la reina Penélope, Telémaco aún comía con su nodriza y los perros me salieron al camino como si yo no fuese un rey, sino una liebre.

EURÍMACO.- ¿Tú una liebre, Anfinomo; una liebre tú, el más grande de los soberanos que han reinado en la hermosa tierra de Aretiada? Esos necios chuchos te confundirían con un oso, Anfinomo. *(Risas.)* Con un oso o, al menos, con un jabalí...

Eurímaco hace patente con sus gestos y muecas las muchas arrobadas de oso y de jabalí que tiene Anfinomo y todos ríen con alborozo.

ANFÍNOMO.- Gracias, Eurímaco, agradezco tu exagerado elogio, que hace honor a tu fama de ser el que más y mejores regalos de boda le ofrece a la hermosa Penélope. Y dices bien. Los perros me confundirían con un jabalí, pues como un jabato me he batido siempre.

Para remachar la fiereza de su intervención, clava su puñal en la mesa con un golpe impetuoso.

EURÍMACO.- Hasta en los banquetes. Nadie lo duda.

Grandes risas.

ANFÍNOMO.- ¿Desapruebas mis modales en la mesa? ¿Me estás llamando cerdo?

Sonrisas para aliviar la tensión.

EURÍMACO.- No, por Zeus. Sólo resalto tu ímpetu. Y tu astucia. Para huir de los perros... ¿Con qué discurso engatusaste a los chuchos?

Risa general que apaga Antínoo levantándose y chupándose los dedos.

ANTÍNOO.- Eurímaco, Anfínomo, no sigáis por ese camino, que a nada bueno podría conducirlos. Los perros de esta casa dejaron de ladrarnos hace ya cuatro años. Para ellos somos sus dueños, pues ninguno de esos animales conoció a Odiseo.

EURÍMACO.- Tus labios dicen la verdad, Antínoo.

ANTÍNOO.- Te devuelvo el cumplido, Eurímaco. Y también a ti, Toante. Exageráis, pero no mentís: el corazón os palpita entre los dientes. Llevamos todos nosotros tanto tiempo esperando en la antecámara de Penélope que hasta empezamos a perder la memoria de nuestra paciencia, de los regalos que le hemos presentado y de los elogios que le hacemos cada día. (*Señalando a Anfínomo.*) Tú el que más, desde luego, pues fuiste el primero de todos nosotros que se ofreció como sucesor de Odiseo. ¿Sabéis lo que os digo? (*Bajando la voz.*) ¡Esa mujer nos engaña! Sus labios dicen una cosa y su cabeza hila otras. Acepta nuestros presentes, agradece nuestros cumplidos y, cuando creemos que también nos aceptará como esposos, (*Subiendo el tono.*) se da media vuelta dejándonos con la palabra en los labios. Penélope parece una mujer prudente, pero sólo es una mujer astuta, tenaz y obstinada. Lleva más de tres años riéndose de nosotros. ¡Y no se lo vamos a consentir ni un día más! Ha llegado el momento de que nos rebelemos. Tenemos derecho a exigirle explicaciones y una respuesta definitiva. Somos reyes y príncipes y nobles, hijos de las mejores familias de Aretiada, de Duliquio, de Samos, de Zante, de Ítaca..., y ella sólo es una viuda. No vamos a permitir que siga engañándonos. Vosotros tal vez no os deis cuenta, pero yo sé muy bien, como si lo viera cada noche con mis propios ojos, que esa mujer se burla de nosotros con una treta de vieja.

Penélope no termina de tejer el sudario del rey Laertes porque lo que teje durante el día lo deshace cada madrugada. ¡Eso es lo que está pasando! Por eso no termina la mortaja para el anciano Laertes.

ANFÍNOMO.- ¿Qué dices, Antínoo? ¿Cómo te atreves a poner en duda el comportamiento de la reina Penélope?

ANTÍNOO.- No lo pongo en duda, Anfinomo, lo aseguro con firmeza. Os digo lo que ocurre. Lo sé muy bien. No necesito entrar en los aposentos reales para saber lo que sucede en ellos cada noche.

Haciendo un aparte y hablando para sí.

ANFÍNOMO.- Melantea, la esclava... Mujer indigna del pan que se lleva a la boca, traiciona a su ama con su amante. Merece la muerte, la muerte.

TOANTE.- Deja de refunfuñar, Anfinomo, y escucha. Sigue, Antínoo. ¡La verdad continúa asomada a tus labios!

ANTÍNOO.- No vamos a consentir que Penélope siga engañándonos ni una noche más. Yo no lo voy a permitir. ¡Me rebelo ante su engaño!

Dirigiéndose a los demás.

ERICTONIO.- Antínoo tiene razón. ¡Hay que rebelarse!

ANTÍNOO.- ¡Rebelión! Vayamos todos ante Penélope y exijámosle que elija de una vez un esposo. Odiseo no le permitió que eligiese marido. Se la entregaron y él la tomó. Nosotros somos más generosos que Odiseo y sí se lo permitiremos. La dejaremos que elija al mejor de todos nosotros. ¡Pero debe hacerlo ya, sin engaños!

EURÍMACO.- Y si Penélope carece de sensatez para decidirse, Telémaco ya tiene suficiente edad para darle un esposo a su madre. ¿O no es así?

ANTÍNOO.- Desde luego que sí, Eurímaco. Así es. Vamos, seguidme.

Se levantan todos y se dirigen hacia la escalera, en cuya cima se encuentran con Telémaco.

TELÉMACO.- ¿A qué viene este tumulto? ¿A dónde os dirigís? ¿Qué explicaciones os atrevéis a pedirle a mi madre? ¿No os basta con agotar las

despensas reales? ¿No tenéis suficiente con vivir a costa de mi hacienda? ¿Hasta cuándo abusaréis de mi hospitalidad...?

ANTÍNOO.- Aparta, muchacho, no te interpongas en nuestro destino. Eres el hijo de Odisco, pero ya te asoma la barba, has crecido lo suficiente para poder casar a tu madre y no lo haces. Si no te atreves, pídele a Icarío, tu abuelo, que elija de entre nosotros un marido que agrade a Penélope y entréganosla como esposa. Esa es la ley. Cúmplela.

AGELAO.- Muchacho, escucha a Antínoo. Le hemos hecho muchos regalos a tu madre. Ella siempre los agradece con hermosas palabras, pero no se casa. Pídele que elija ya un marido y así te librarás de ella de una vez por todas.

ANFÍNOMO.- De ella y de nosotros.

TELÉMACO.- Aunque la ley me ampare, no puedo echar de mi casa a mi madre, si ella aún confía en el regreso de Odisco, y no se decide a casarse. Y vosotros no tenéis derecho a imponerle una boda.

Telémaco y los pretendientes, con Antínoo a la cabeza, forcejean en un conato de lucha, pero detrás de Telémaco aparece Méntor que se interpone y logra parar el enfrentamiento.

MÉNTOR.- ¡Alto! Cese inmediatamente esta disputa en la casa de Odisco.

ANTÍNOO.- ¿Y tú quién eres para darme órdenes?

MÉNTOR.- Soy Méntor, preceptor y consejero de Telémaco.

Méntor era tan amigo de Ulises que, antes de partir hacia Troya, Odisco le encargó que velara por sus intereses en Ítaca y que se ocupase de la educación de su hijo Telémaco. Pero la figura que está con Telémaco no es en realidad Méntor; sino la diosa Atenea, protectora de Ulises, de Penélope y de Telémaco, que se ha transfigurado en Méntor para aconsejar y ayudar a Telémaco. No estaría de más que el pequeño papel de Méntor lo encarnase una actriz alta y fuerte, y que la caracterización tuviese una apariencia tan andrógina y dual, que llevase a la confusión entre el mortal y la diosa, entre lo masculino y lo femenino.)

ANFÍNOMO.- He oído hablar muy bien de ti, Méntor. Pero, si sólo eres un mortal, como nosotros, ¿por qué te cobijas bajo los atributos de la diosa Atenea? ¿Por qué te cubres el pecho con su égida y portas su lanza?

Anfínomo le señala la égida, la coraza de piel caprina, de la cabra Amalteia, que amamantó a Zeus, adornada con la cabeza de la gorgona Medusa, que cubre el pecho de Méntor/Atenea, así como la gran lanza que lleva en la mano, usada como cayado, cuya hoja da destellos de lo pulida que está.

MÉNTOR.- Atena está conmigo (*Méntor levanta la lanza.*) para obligaros a cumplir las leyes. ¿Acaso ignoráis que la hospitalidad es una ley sagrada en toda la Hélade y que el mismísimo Zeus vigila su cumplimiento? ¿Pretendéis desobedecer a mi padre para que os calcine con su rayo? (*Mentor es un mortal, pero Atenea, que es una diosa con rasgos de varón, nació de la frente de Zeus.*) Anfínomo, Antínoo, Agelao, Eurímaco..., volved inmediatamente al banquete. Y vosotros también. ¡Sentaos! Volved todos al vino y al pescado. Y tú, Telémaco, acompáñame.

Méntor le pasa el brazo por el hombro a Telémaco y se dispone a hablar con él en un aparte mientras los pretendientes vuelven a ocupar sus lugares en el mégaron, retoman las bromas y, de vez en cuando, lanzan miradas inquisitivas hacia Méntor y Telémaco.

TELÉMACO.- Bien sabes, Méntor, que te respeto y te obedezco como el maestro que me asignó mi padre. Y sabes también que, aunque no le conocí, pues aún me amamantaban cuando él zarpó hacia Ilión, honro a Odiseo como padre y como rey. Pero creo que estos huéspedes, que alardean de ser nobles y hasta príncipes y reyes, se comportan no ya como porquerizos, sino peor que los mismos cerdos y desbordan las obligaciones de la sagrada hospitalidad que nos enseñó Zeus. Se están comiendo mi hacienda y tendré que echarlos de mi casa a patadas.

MÉNTOR.- Lo sé, Telémaco, lo sé. Pero tú solo no puedes enfrentarte a todos ellos. Y tampoco puedes casar a tu madre sin tener la certeza de que tu padre ya no vive. Hace veinte años que Odiseo zarpó rumbo a Ilión y aún no ha regresado. Te corresponde a ti salir al encuentro de sus barcos y averiguar si está vivo o ya murió.

TELÉMACO.- He pensado eso mismo muchas noches, antes de caer rendido por el sueño, pero al despertar mi duda siempre fue la misma: ¿qué rumbo debería tomar, hacia dónde debo dirigir mi navío?

MÉNTOR.- Para resolver esa duda he venido a verte, para eso estoy aquí Telémaco, para guiarte en la búsqueda de Odiseo, para ayudarte. Debes conseguir un navío y echarlo a la mar. Si Odiseo aún vive, los dioses te llevarán hasta él. Y si ha muerto, las olas te devolverán a las playas de Ítaca.

TELÉMACO.- Pero si embarco para salir al encuentro de Odiseo, dejaré mi casa sola a merced de Antínoo, de Eurímaco y de los demás tragones. No puedo echar a mi madre de mi casa, ni tampoco casarla, como bien dices, sin saber si mi padre murió o aún vive. Tengo que expulsarles a ellos antes de zarpar. Es imprescindible que los eche de mi palacio. ¿Pero cómo podré hacerlo, Méntor, cómo?

Méntor y Telémaco salen de la escena, en la que aún están los pretendientes, la mayoría de ellos medio borrachos, y algunos sirvientes que siguen escanciando vino en sus kilix. Cuando Telémaco y Méntor/Atenea ya han hecho mutis, Eurímaco se pone en pie en mitad del banquete y con el kilix en alto, tras dar un largo trago, uno más, se dirige a sus compañeros de convite imitando torpemente la voz y los gestos de su líder Antínoo.

EURÍMACO.- ¿Sabéis lo que os digo? Penélope nos engaña con Odiseo. No, no..., nos engaña con la mortaja de Laertes, el padre de Odiseo. Eeee...so es. Nos engatusa con los hilos de su telar. Creedme, que es verdad. Me lo ha dicho, Melantea, mi amante. No, mi amante, no, la esclava de Antínoo. Bien digo, su amante.

Femio, que ha permanecido en un discreto segundo plano, completamente desapercibido, se levanta y reinicia su recitado.

FEMIO.- ...no les frenó la sangre, / ni las murallas de Ilión / cayeron sobre sus cabezas / para ser tumba y memoria de su aliento. / Les frenó el mar. / Las olas les encadenan, / los monstruos abisales devoran su carne...

Eurímaco le echa el brazo por los hombros a Femio y le ordena silencio llevándose el dedo a la boca. El aedo titubea, pero sigue con su música.

EURÍMACO.- Hay que rebelarse, Antínoo, ¿me oyes? No esperaremos más. ¡Te digo que ha llegado el momento de que nos rebelemos!

Antínoo bebe sin prestar atención a lo que le dice su compañero de andanzas.

FEMIO.- ... les frenó el mar. / Las olas les encadenan, / los monstruos abisales devoran su carne...

EURÍMACO.- Llevamos cuatro años en este palacio. Tenemos derecho a que ese muchacho, Teléce...maco, nos entregue por esposa a su madre.

Bebe.

FEMIO.- ... el amor con sus tretas, / el deseo con sus hechizos, / la pasión con sus cadenas...

EURÍMACO.- Exigimos una respuesta definitiva de Penélope, sí. *(Recostándose en el aedo y hablándole al oído, pero sin soltar el kílix.)* ¿Me oyes Antí...noo? Somos príncipes, todos vamos a ser reyes, y ella, *(Bebe un buen trago.)*, ella sólo es... *(Se derrumba sobre el suelo.)* ...una mujer, la viuda de Odiseo.

TELÓN.



TERCER ACTO.-

Patio de acceso al palacio real de Ítaca. El espacio está distribuido en tres niveles, separados por tramos de escalera. El primer nivel es el suelo de la calle, en la que se agolpan pescadores, artesanos, mujeres y niños, así como algunos animales. Entre la multitud está Melantio, el cabrero de Odiseo, otros pastores con ganado, e Iro, el mendigo oficial del palacio. En el segundo nivel, una especie de terraza, están los pretendientes, bebiendo y discutiendo, como siempre, preparándose para lo que parece que será un nuevo banquete. El tercer nivel da acceso a los aposentos reales. A él se asoman Penélope y las personas a su servicio. Llegan ante el palacio Eumco, porquerizo de Ulises, y el propio Odiseo, que va cubierto de harapos, disfrazado de mendigo. El porquerizo, que lleva cerdos para la cocina palaciega, no reconoce a Ulises ni cree que sea Odiseo, aunque éste le jura que sí lo es. Camino del palacio, Eumco le va contando al Mendigo/Odiseo cómo eran las cosas antes de que Ulises zarpase para la guerra y cómo son desde que él falta.

EUMEO.- ...en aquellos años abundaba la comida y había familias enteras que vivían regaladamente con las sobras de la cocina del palacio. Pero ya nada es igual. Todo cambió con la muerte de mi señor Odiseo.

MENDIGO/ODISEO.- ¿Tengo que decírtelo otra vez? ¡Odiseo vive. Yo soy Odiseo, tu rey! ¿Tendré que volver a jurártelo por todos los dioses, Eumco?

EUMEO.- Tres días llevas detrás de mí con ese cuento en los labios, extranjero, y la verdad es que no entiendo a qué espera Zeus para fulminarte con su rayo, pues no vi jamás a un mentiroso tan empeñado en convencerme de que dice la verdad.

MENDIGO/ODISEO.- Es que es la verdad, Eumco. Soy Odiseo. Estoy vivo. He vuelto. Mi padre, el rey Laertes, te aceptó como porquerizo cuando sólo eras un niño y yo te puse al mando de la piara poco antes de zarpar para Ilión. ¿No lo recuerdas?

EUMEO.- Lo recuerdo como si hubiese ocurrido ayer. Me acuerdo del rey Laertes y de su hijo, mi señor Odiseo. De quien no me acuerdo es de ti, pedigüeño. Nunca vi a Odiseo vestido con andrajos y teniendo que mendigar en los banquetes de su propio palacio para poder comer. Pero, bueno, ya hemos llegado. Aprovecha y come lo que puedas, si es que sobra algo. Y ten mucho cuidado con Antínoo y con los demás pretendientes, no vayan a creer

que en verdad eres Odiseo y terminen ajotándote los perros y matándote como si fueses un conejo.

Eumeo y el Mendigo/Odiseo se paran junto a las demás personas que llevan comida al palacio o que esperan las sobras del banquete para poder comer. En ese momento se acerca al Mendigo/Odiseo un perro. Es Argos, el cachorro que vio zarpar a Ulises. El perro ya está muy viejo, flaco y pulguiento. El animal le lame los pies al Mendigo/Odiseo al tiempo que mueve la cola, saludando a su amo, eleva las orejas, consumiendo sus últimas fuerzas, y muere a los pies de Ulises a pesar de que Odiseo trata de reanimarlo.

MENDIGO/ODISEO.- ¡Argos, Argos! No te mueras, viejo amigo, ya estoy aquí. He vuelto.

EUMEO.- ¿Qué le has hecho al pobre animal? ¿Por qué lo has matado?

Eumeo, que se había distraído con la multitud durante un instante y no ha podido ver el saludo de Argos a su amo, increpa al Mendigo/Odiseo.

MENDIGO/ODISEO.- No lo he matado, yo, Eumeo. Lo han matado los años y la emoción. Su corazón no ha podido resistir la alegría de volver a verme.

EUMEO.- Pero si tú no eres de Ítaca. ¿Cuándo te había visto antes este perro?

MENDIGO/ODISEO.- Lo tuve en mis manos nada más nacer. Yo mismo lo elegí de entre sus hermanos de camada. Conmigo salió por primera vez de caza y fui yo quien le puso como nombre Argos.

EUMEO.- ¿Argos? ¿Por qué le llamas Argos? Argos llamaba mi señor Odiseo a este pobre a-ni-mal... *(El porquerizo, lleno de asombro y de temor; titubea ante Odiseo.)* Entonces..., entonces tú no cres... Tú sí cres. Sí cres... ¿Eres tú? ¡Dime que no eres tú! ¿O sí eres tú?

ODISEO.- Ya te lo he dicho mil veces, Eumeo, durante los tres días que llevamos juntos. Te lo dije en tu choza y te lo repito ahora: *(Hablandole al oído.)* soy Odiseo y he vuelto para recuperar mi trono.

El porquerizo bailotea, lleno de asombro y de alegría, mientras Odiseo intenta calmarle y silenciar su boca.

EUMEO.- Eres Odiseo, eres Odiseo. Mi señor Odiseo ha vuelto. El rey de Ítaca está aquí. Ha vuelto, ha vuelto.

ODISEO.- Cierra la boca, insensato. Nadie debe saber que estoy aquí. Nadie. Sólo se lo dirás a mi hijo, a Telémaco. (*Señalando al grupo.*) ¿Quién de ellos es? Dímelo ya. Pero, ten mucho cuidado: antes de anunciarle a él mi regreso tendrá que haberte jurado por todos los dioses del Olimpo que no se lo contará a nadie. Ni siquiera a su madre. Y aún menos a la nodriza. Para todos ellos, sólo soy un extranjero, un mendigo. ¿Entiendes? Tú no sabes de mí ni siquiera mi nombre. ¿Me has entendido, Eumeo?

EUMEO.- Si, mi señor, así lo haré. Que Zeus me fulmine con su rayo y que Caronte me arrastre hasta el Hades con un garfio clavado en las quijadas si no respeto las órdenes de mi rey Odiseo.

Enfadado.

ODISEO.- Te lo vuelvo a repetir Eumeo: yo no soy tu rey, yo no soy Odiseo. Sólo soy un mendigo. Y he venido a comer las sobras del banquete. Sólo a comer. ¡Repítelo!

EUMEO.- Un mendigo, eso es. Mi señor es un mendigo que busca comida, como Iro.

ODISEO.- ¿Quién es Iro?

EUMEO.- Es el mendigo principal de palacio. Primero se sacian los pretendientes de la reina. Después comen sus edecanes. Si sobra algo, le cae en la boca a Iro y, si sobra un poco más, a veces llega para otros hambrientos. Mira, ese es Iro. Arrímate a él y tal vez consigas meterte algo en la barriga.

Eumeo lleva al Mendigo/Odiseo al lado de Iro.

IRO.- ¿Has traído suficientes cerdos esta vez, Eumeo?

EUMEO.- Todos los que tengo.

IRO.- ¿Y están rollizos o flacos como los anteriores?

EUMEO.- Rollizos, que más gordos no los hay en toda la Hélade.

IRO.- No confío en la palabra de los porquerizos y menos aún me fio de la tuya, Eumeo. Y este harapiento que te acompaña, ¿quién es?

EUMEO.- Es, es,.. Es un mendigo. Eso es. ¡Un mendigo! Sólo eso.

IRO.- Eso ya se ve. Apesta. ¿Cómo se llama?

EUMEO.- Se llama... No se llama nada. Tiene boca pero no dice su nombre. Yo le llamo mendigo. A secas.

IRO.- Pues si no tiene boca para decir su nombre, ¿a qué ha venido al banquete, si no podrá comer? Lárgate, mendigo que hoy no comes.

ODISEO.- Y eso ¿quién lo dice?

IRO.- ¡Por Zeus, si hasta sabe hablar! ¿Quién lo dice? Lo digo yo, Iro, el protegido de Antínoo, jefe de los pretendientes. Si yo digo que tú no comes, no comes. Yo administro las sobras en los banquetes de este palacio y ni el mismo Odiseo que volviera del Hades revocaría mis órdenes.

El rumor de la discusión entre Iro y Odiseo llega hasta el nivel que ocupan los pretendientes. Uno de ellos, Agelao, se asoma a la barandilla, ve el enfrentamiento y avisa a Antínoo, que también se asoma y tercia en la disputa.

ANTÍNOO.- ¿Qué pasa Iro, con quien discutes?

IRO.- No lo sé. No tiene nombre.

ANTÍNOO.- ¿Y tiene hambre?

IRO.- Seguramente, pero como no tiene boca...

ANTÍNOO.- Pues habrá que arreglarlo. Os ofrezco un muslo de ganso asado, un muslo entero, sin ningún mordisco, y un enócoe de vino.

IRO.- ¡Para mí!

ANTÍNOO.- No necesariamente, Iro. El muslo de ganso y el jarro de vino serán para aquel de vosotros dos que venza al otro en una pelea a cuerpo limpio.

IRO.- ¿Cómo voy a pelearme con él, príncipe Antínoo?, está demasiado sucio. Viene con los cerdos de Eumeo. No es alguien digno de pelear conmigo. Ni siquiera merece mendigar en el palacio.

ANTÍNOO.- Veo que le temes, Iro. Sólo es un viejo, pero tú sabrás. Si hoy no quieres pelear por la comida, tal vez mañana no haya comida por la que puedas pelear.

A Antínoo se le han ido sumando otros pretendientes que azuzan a los dos mendigos.

ANFÍNOMO.- Parece que al mendigo preferido de Antínoo le ha tocado un hueso duro de roer en este banquete.

Risas.

EURÍMACO.- Duro y sucio, Anfínomo. Venga, Iro, no rehúses el combate, que mendrugos más duros que ese viejo te he visto masticar yo a dos carrillos.

Más risas.

AGELAO.- Sí, porque, con el apetito que tiene Iro, ese viejo mendigo parece ya pan comido.

Carcajada general en el grupo de los pretendientes.

ANTÍNOO.- ¡Vamos, luchad de una vez y ganad vuestra parte del festín!

Se forma un círculo de gentes en torno a los dos mendigos combatientes. Odiseo se despoja de parte de sus andrajos y deja ver una musculatura notable. Al verle tan fornido, Iro duda, pero finalmente se lanza contra la cintura de Odiseo, que primero lo frena y a continuación, de un solo golpe lo derrota. La victoria de Odiseo es festejada a nivel de suelo, pero no tanto en la terraza que ocupan los pretendientes. Antínoo está especialmente molesto. Por la escasa duración del combate, por la ausencia de sangre, por su poca violencia y por el resultado final del mismo. A él se dirige Odiseo reclamándole el premio que había ofrecido para el ganador de la pelea.

MENDIGO/ODISEO.- He luchado con nobleza (*Volviendo a colocarse los harapos y acercándose al segundo nivel.*), y he derrotado a tu protegido. Espero mi comida, Antínoo.

ANTÍNOO.- ¡Cómete esto, cerdo pestilente!

En vez de darle el muslo de ganso y el vino prometidos, Antínoo lanza contra Odiseo un taburete golpeándole en un costado. El sobresalto y los gritos de la gente despiertan la curiosidad de Penélope que sale de sus aposentos y se acerca a Euriclea, que está asomada a la calle.

PENÉLOPE.- ¿Qué ocurre, Euriclea? ¿A qué vienen esos gritos?

EURICLEA.- Nada grave, mi señora. Un mendigo que está molestando a vuestros pretendientes y parece que Antínoo le ha golpeado con un taburete.

PENÉLOPE.- ¡Maldito Antínoo! ¡Qué Zeus le devuelva el golpe! ¿Y quién es el mendigo?

EURICLEA.- Aquél, señora, el que se ciñe los andrajos con una cuerda. Ese es.

PENÉLOPE.- No le he visto nunca. ¿Vive en Ítaca?

EURICLEA.- No lo creo, mi reina. Parece extranjero.

PENÉLOPE.- Traedle a mi presencia, que quiero interrogarle. Parece que viene de lejos y tal vez pueda darnos noticias de Odiseo.

Anfínoo sale de la terraza de los príncipes con dos panes y una copa de vino y se lo da todo ello a Odiseo.

ANFÍNOMO.- No tenías rival, pero has pecado bien y es justo que recibas tu premio. Antínoo te ha mentido: hoy no hay ganso asado. Pero aquí tienes estos panes y este kílix de vino que te harán menos larga la espera de las sobras.

ODISEO.- ¿A quién debo agradecer el regalo de estos panes y de este vino?

ANFÍNOMO.- Soy Anfínoo, rey de Aretiada.

ODISEO.- Gracias, Anfínoo. Eres un hombre justo y yo también quiero ser justo contigo: recoge tus armas y márchate. Sal de Ítaca, vuelve a tu reino. Será lo mejor para ti.

Anfínoo mira a Odiseo sin comprender la intención de sus palabras y regresa con los demás pretendientes, no sin antes echarle un par de miradas más al mendigo. Odiseo reparte el pan con otros pedigüños.

que se lo quitan de las manos, y se lleva la copa a los labios, de pie ante el palacio. Mientras Anfinomo habla con Odiseo y éste reparte el pan, el porquerizo Eumeo le explica a Telémaco que su padre ha vuelto, aunque no le dice quién es ni dónde está. No hace falta escuchar sus palabras para saber lo que está diciendo. Eumeo insiste. Telémaco duda y, finalmente asiente. Justo en ese instante, se acerca a ellos Euriclea, seguida por dos jóvenes sirvientas.

EURICLEA.- Telémaco, hijo, tu madre quiere hablar con un extranjero que ha venido al palacio con este porquerizo. ¿Dónde está ese mendigo, Eumeo?

EUMEO.- Ahí mismo lo tienes. El de la copa de vino es.

Euriclea contempla al mendigo y se queda boquiabierta.

EURICLEA.- No puede ser. Es imposible. No es él.

EUMEO.- Créeme, mujer, que te digo la verdad. Es él.

EURICLEA.- Mientes, Eumeo.

EUMEO.- ¿Cómo osas dudar de mi palabra, mujer? ¿Acaso tendré que jurártelo por todos los dioses? Te digo que ese hombre es él. Es el mendigo al que quiere ver tu señora, el extranjero al que tú buscas.

Euriclea dirige sus pasos hacia Odiseo haciendo comentarios a media voz.

EURICLEA.- No puede ser, no puede ser. Jamás vi a nadie tan parecido a Odiseo. Está asqueroso, pero es idéntico al rey. Ni siquiera Telémaco le iguala en parecido. Penélope se asombrará al verle. ¡Seguro! Ya veremos si esta mujer, con el carácter que tiene, sale con vida del sobresalto.

Euriclea habla brevemente con Odiseo ordenándole que le acompañe y ambos salen de escena, seguidos por las esclavas, en dirección hacia los aposentos reales.

TELÓN.



CUARTO ACTO.-

Penélope está en sus aposentos. Ha retirado del telar la mortaja que estaba tejiendo para el rey Laertes y, habiendo dado por terminado el sudario, lo está doblando. En ese momento se oyen voces fuera de la sala. Es Telémaco que llama a voz en grito a su madre mientras corre hacia los aposentos de Penélope.

TELÉMACO.- (*Voz en off.*) Madre, madre... (*Entrando de forma precipitada.*) ¿Dónde está, madre, dónde está?

PENÉLOPE.- ¿Por quién preguntas con tanta urgencia, Telémaco?

TELÉMACO.- Por mi padre. ¿Dónde está, madre, dónde lo ocultas?

PENÉLOPE.- Mil puñaladas que me dices en el pecho me causarían menos dolor que esas preguntas, hijo mío. Sabes muy bien que cada día empapo mi lecho con lágrimas. Lloro todas las noches, a solas, sin poder dormir, porque no sé dónde está tu padre y llevo veinte estíos esperándole y guardando su lecho.

TELÉMACO.- Pero..., si está aquí. Lo ha traído Euriclea. Es ese mendigo que parece extranjero. Él es Odiseo, madre.

PENÉLOPE.- ¿Cómo puedes decirme eso, hijo mío? ¿Cómo puedes confundir a un mendigo con tu propio padre, con el dueño de este reino, con el vencedor de Ilión?

TELÉMACO.- No debería habértelo contado, madre. Pero mi lengua no puede callarse lo que mi corazón grita con alborozo. Odiseo ha regresado. Ya lo sabes. Mi padre está aquí. Me lo ha dicho Eumeo, el porquerizo. Él lo ha traído al palacio...

PENÉLOPE.- ¡Qué desatino! Odiseo, el rey de Ítaca, regresa a su trono de la mano de un porquerizo. ¡Por todos los dioses! ¡No es él! ¡Ese hombre no es Odiseo, Telémaco! ¡Es un mendigo!

En ese momento entra en escena Euriclea, que escucha la última frase de Penélope, y no puede evitar el terciar en la conversación.

EURICLEA.- Señora, señora, Telémaco tiene razón. Sí, que es él, es Odiseo. Estoy segura: he visto la señal.

PENÉLOPE.- ¡Calla loca!

TELÉMACO.- Lo ves, madre, lo ves. Euriclea también le ha visto. Ese hombre es mi padre, es Odiseo, el rey de Ítaca.

PENÉLOPE.- ¿Pero es que has perdido el juicio, hijo mío? Tú que no viste jamás a tu padre, de repente lo reconoces en un mendigo extranjero. Está vieja, a la que ya le cuesta distinguir hasta el pan que se lleva a la boca, asegura que el extranjero es Odiseo. Y un porquerizo, que habrá visto a su rey una o dos veces en toda su vida, os cuenta que también lo reconoce en un pordiosero que mendiga las sobras del banquete. ¿Estáis todos locos o es que os habéis confabulado para que sea yo quien pierda la razón?

TELÉMACO.- ¿No te asombra tanta coincidencia, madre?

PENÉLOPE.- Lo que me asombra es que tú, que aún colgabas de mi pecho cuando tu padre zarpó para Ilión, creas al porquerizo y a esta vieja y no me creas a mí, que soy tu madre, que soy la esposa del rey de Ítaca, que Odiseo me tuvo en sus brazos y que le vi partir hacia el campo de batalla. Ese mendigo no es Odiseo. No puede ser él. Si lo fuera, mi corazón saltaría de gozo obligándome a reconocer que Odiseo ha vuelto. ¿Acaso hay felicidad en mi rostro? (*Breve silencio de todos.*) No es él. No lo es. No acepto que ese hombre sea mi rey. Y tú tampoco deberías aceptarlo, hijo mío.

TELÉMACO.- Pero, si todos...

PENÉLOPE.- Soy tu madre, Telémaco, haz el favor de escucharme. Si tú, el hijo de Odiseo, aceptas que ese mendigo es el rey de Ítaca y se lo haces saber a él, ¿qué va a decir ese pedigüño? ¿Que no es digno de ocupar el trono que le regalas? Y cuando reine en Ítaca, ¿qué hará? ¿Correrá el riesgo de que tú, su supuesto hijo, permanezca junto a él, a la espera de heredar la corona? ¿Permitirá ese harapiento que yo viva y pueda llegar a desenmascararle o me hará matar?

TELÉMACO.- Si crees que ese hombre no es mi padre, ¿para qué has pedido que te lo traigan a tus aposentos?

PENÉLOPE.- Para hablar con él, para interrogarle, para ver si puede darnos alguna noticia de tu padre. Pero sabiendo que es un mendigo, que no es Odiseo.

TELÉMACO.- Jamás sospeché que fuese tan duro tu corazón, madre. En la cima de las montañas y en la cuna de los ríos hay piedras mucho más blandas

que tus palabras. Si no aceptas a ese hombre como mi padre, ni yo ni nadie podremos obligarte a que lo reconozcas como esposo...

PENÉLOPE.- Así es, hijo mío.

TELÉMACO.- Pero no ignoras que sí puedo casarte con quien se me antoje.

PENÉLOPE.- ¿De verdad pretendes infligirle ese enorme castigo a mi pecho, Telémaco?

TELÉMACO.- No temas, no lo haré. Pero hoy mismo, esta misma tarde, elegirás un esposo. El que prefieras. ¡Cásate con cualquiera de tus muchos pretendientes, con quien se te antoje! Pero te lo advierto, madre: si antes de que se ponga el sol no has elegido un esposo, yo te daré uno y saldrás de mi casa y de mi reino.

PENÉLOPE.- No son esas las palabras que esperaba oír de tu boca, Telémaco. No son las palabras de un hijo. Son las palabras de un aspirante al trono, de un príncipe impaciente. *(Penélope evoca a Ulises.)* “No todos volveremos de la guerra”, me dijo tu padre antes de zarpar para Ilión. “Si ves que a nuestro hijo le sale barba y que yo no he vuelto, elige entre los mejores aqueos a un hombre digno de tu rango y cástate con él, Penélope. Tienes mi permiso.” Fueron las últimas palabras que oí en los labios de tu rey, y veo que ha llegado el momento de ponerlas en práctica, Telémaco. Hoy elegiré esposo. Comunicaselo a mis pretendientes, hijo mío. *(Telémaco sale rápido de los aposentos de su madre, que requiere la atención de la nodriza, que ha permanecido en silencio y un poco retirada durante el enfrentamiento entre Penélope y su hijo.)* Euriclea...

EURICLEA.- Aquí estoy, señora...

PENÉLOPE.- Avisa a mis criados. Hay que sacar las doce hachas de bronce con las que jugaba Odiseo antes de partir para la guerra. En alguna parte de los almacenes debe de estar el palo largo y recto en el que él las clavaba para disparar el arco. Que lo lleven todo a las puertas del palacio. Pero antes..., antes de hacer esto, termina de bañar al mendigo, vístelo con una túnica limpia y tráelo a mi presencia. Voy a interrogarle.

EURICLEA.- Señora, mi reina, que me devoren las fieras, que me caiga sin vida en este mismo instante, si alguna vez os he mentido o no estoy completamente segura de que ese hombre es Odiseo. Señora...

PENÉLOPE.- ¿Por qué insistes en que tienes ante tus ojos lo que no existe, vieja loca? ¿Qué te nubla el sentido?

EURICLEA.- Es que ese hombre tiene la señal, mi reina.

PENÉLOPE.- ¿Qué señal?

EURICLEA.- La cicatriz, la cicatriz que un jabalí le hizo a Odiseo en el pie mientras cazaba con su abuelo.

PENÉLOPE.- Insensata. ¿Acaso ignoras que todos los que hemos vivido tenemos cicatrices y que en cualquier monte hay jabalíes?

EURICLEA.- Pero es su cicatriz, señora. Es la cicatriz de Odiseo.

PENÉLOPE.- ¿Es la cicatriz de Odiseo? Si ese mendigo fuese quien dices que es, no una, ni dos ni tampoco tres, todas las cicatrices que me ha causado la ausencia de Odiseo durante veinte años, todas, hubiesen desaparecido nada más verle. Anda, ve a por el mendigo. Y avisa a los criados, que preparen las hachas.

Penélope se queda sola en escena y vuelve a la tarea de doblar el sudario del rey Laertes. Inmediatamente regresa Euriclea con el mendigo ya bañado y acicalado.

EURICLEA.- Acércate, mi señora desea hablar contigo.

Euriclea empuja suavemente al mendigo hacia Penélope, que lo recibe sentada. Él permanece de pie, separado de la reina por un par de metros.

PENÉLOPE.- Me han dicho que no tienes nombre. ¿Cómo te llaman entonces?

ODISEO.- Extranjero, extranjero me llaman en todas partes.

PENÉLOPE.- ¿Incluso en tu reino?

ODISEO.- Tampoco tengo reino.

PENÉLOPE.- ¿De dónde vienes?

ODISEO.- Del mar.

PENÉLOPE.- Habrás navegado mucho y conocerás muchas islas. ¿Viste alguna vez a Odiseo? ¿Alguien te habló de él?

ODISEO.- Una vez un mercader me dijo que le había visto.

PENÉLOPE.- ¿Dónde fue?

ODISEO.- Ya no lo recuerdo. Han pasado muchos años. Me habló del brillo de sus armas y de su casco.

PENÉLOPE.- ¿De su casco? ¿Cómo es el casco de Odiseo?

ODISEO.- El mercader me contó que Odiseo se cubría la cabeza con un casco de cuero. De cuero de carnero, doblado en varias hojas, creo que me dijo. Era un casco guarnecido con colmillos.

PENÉLOPE.- ¿Y de qué eran los colmillos que guarnecían el casco de Odiseo? Dime, extranjero, ¿de qué eran? ¿Acaso eran de lobo?

ODISEO.- No, de lobo no eran. Creo que eran de jabalí. Pero ya no estoy seguro. Tal vez nunca me hablaron de Odiseo ni de su casco. Y los colmillos, seguramente sólo los vi en sueños.

PENÉLOPE.- En sueños... Todos soñamos. ¿Por qué? ¿Quién nos habla a través de los sueños y qué significan sus palabras?

ODISEO.- No lo sé, señora.

PENÉLOPE.- Yo soñé anoche con veinte gansos salvajes. Comían trigo remojado en vino. Aquí mismo, cerca de mi cama. Pero un águila entró por la ventana y les arrancó la vida a golpes con el filo de su pico. Los cuerpos quedaron amontonados aquí, (*Señala el lugar.*) sobre el suelo. Su sangre y el suave plumón de sus pechos llenaron toda la estancia.

ODISEO.- ¿Y el águila?

PENÉLOPE.- Se fue, salió por mi ventana y se posó en la cumbre del tejado. Desde allí me habló.

ODISEO.- ¿El águila os habló? ¿Y qué os dijo?

PENÉLOPE.- No lo sé. Me habló con voz humana y escuché perfectamente cada una de sus palabras, pero me desperté antes de poder comprenderlas.

Euriclea entra en los aposentos de Penélope.

EURICLEA.- Señora, los criados tienen ya las hachas y el palo.

PENÉLOPE.- Que lo lleven todo a la puerta del palacio. *(Dirigiéndose a Odiseo.)* Volveremos a hablar, extranjero. Ahora vete. Debo elegir un marido que agrade a mi hijo. Y lo haré a la vista de todo el reino. Aunque seas extranjero, tú también podrás ver el concurso si así lo descas. Pero sal ya de mis aposentos, vete. *(Al ver que Penélope lo expulsa de su alcoba, el mendigo se queda mirando el lecho de la reina.)* ¿Por qué miras mi cama, extranjero? Seguro que nunca viste otro lecho igual. El mismo Odiseo la labró con sus manos en madera de olivo para nuestra boda. Quien se case conmigo tendrá que cargar también con este lecho. Muchos lo intentaron ya y alguno casi lo consiguió... Pero ya veo que tú no puedes entenderlo, así que vete. *(Odiseo sale de la sala y Penélope se dirige a Euriclea en voz baja.)* Ese hombre sabe cosas de Odiseo, pero tal vez sólo las soñó, o acaso se las revelaron los dioses. Si en verdad él fuese Odiseo, no me habría dejado hablar y todavía estaríamos entre las pieles del lecho. No puede ser Odiseo, no es él. Estoy segura.

EURICLEA.- Señora, si me permitis que yo le explique...

PENÉLOPE.- No insistas, Euriclea. Ya oíste a Telémaco. Tengo que elegir marido antes de que anochezca o él me dará uno. El que se le antoje. Tengo que impedirlo, Euriclea. Los dioses me ayudarán. Acércame el arco grande de Odiseo.

La nodriza trae el arco, que no está montado, y deberá encontrarse guardado en algún lugar cercano a las estancias reales, para que Euriclea no tarde mucho en entregárselo a su señora. Mientras la espera, Penélope se coloca los cabellos mirándose a un espejo, de metal, de tipo palmeta, hecho con bronce bruñado.

EURICLEA.- Aquí está el arco, señora.

PENÉLOPE.- Toma la mortaja del rey Laertes y sígueme.

Euriclea sostiene el sudario sobre sus manos abiertas, como una ofrenda, y Penélope lleva en su mano derecha el arco y en la izquierda, la

cuerda. El arco, lógicamente es de una sola pieza, de madera, y la cuerda no debe parecer industrial. Las dos mujeres se dirigen al mégaron, donde están los pretendientes, comiendo como siempre. También está Telémaco. Penélope le habla a sus pretendientes.

PENÉLOPE.- Os aseguré que elegiría un esposo cuando terminase de tejer la mortaja del rey Laertes. Acabo de terminarla. Aquí está. (*Euriclea se adelanta para mostrársela a todos.*) Ha llegado el momento de que elija marido, pues mi hijo Telémaco así me lo ha pedido. No quiero elegir con el corazón al mejor de todos vosotros, pues mi desco no valoraría con justicia vuestros méritos. Tampoco elegiré con la cabeza, pues el corazón no me lo perdonaría. Así pues, dejaré la elección en manos de los dioses.

Los pretendientes asisten asombrados al discurso de Penélope, comentando entre ellos cada una de las palabras de la reina, mientras Telémaco escucha, impasible y con gesto duro, a su madre.

ANTÍNOO.- ¿Y qué harán los dioses para elegir a tu nuevo esposo?

PENÉLOPE.- Este es el arco grande de Odiseo. Se lo regaló Ífito. Aparte de Odiseo, nadie más lo ha usado. Ni siquiera Telémaco. En los últimos veinte años, nadie ha montado este arco. Odiseo lo usaba para atravesar los ojos de sus doce hachas de bronce. Las clavaba en un palo, perfectamente alineadas, disparaba este mismo arco y hacía pasar por sus doce ojos las flechas. Para él era como un juego. (*El asombro de los pretendientes va en aumento.*) Me casaré con el primero de vosotros que demuestre estar a la altura de Odiseo logrando que al menos una de sus flechas atraviese los doce ojos de las hachas, sin tropezar en ninguna de ellas.

TELÉMACO.- ¿Esa es tu decisión, madre?

PENÉLOPE.- Esa es, hijo mío.

TELÉMACO.- Pues entrégame el arco y su cuerda y vuelve a tu telar y a tu ruca. Regresa a tus aposentos y déjame a mí la palabra, pues esta no es una asamblea para mujeres.

Penélope le hace una ligera reverencia a su hijo y las dos mujeres inician el regreso a los aposentos reales.

ANFÍNOMO.- Yo ya estaba aquí cuando llegasteis a este palacio. Llevo esperando más tiempo que cualquiera de vosotros. Penélope no quiere una

elección injusta y es de justicia que, por edad, sea yo quien monte el arco y lo dispare primero.

ASFILON.- No vas a convencernos con tus buenas palabras, Anfinomo. Ya gastaste las mejores con la reina. Tengo tanto derecho como tú a montar el arco de Odiseo y a ser el primero en dispararlo.

EURÍMACO.- Bien dicho, Asfilón. El orden debe marcarlo la generosidad. Seré yo el primero que dispare, pues no sólo le di buenos consejos a Penélope, sino que, además, le hice los mejores regalos de boda.

ANTÍNOO.- Todos hemos elogiado a esa mujer y todos le hemos hecho regalos. En esto no hay diferencias entre nosotros, Eurímaco. Pero me corresponde a mí disparar primero, pues fui yo quien descubrió el engaño de la mortaja. De no ser por mí, Penélope todavía estaría riéndose de vosotros.

TELÉMACO.- Yo elegiré al primer arquero. Y, después de disparar, si falla, él elegirá al segundo y el segundo al tercero y así hasta el final. Si ninguno está a la altura de lo que hacía mi padre Odiseo, después de que cada uno de vosotros haya disparado su flecha, dispararé yo.

EURÍMACO.- ¿Tú también dispararás sobre las hachas? ¿Acaso pretendes casarte con tu propia madre, como si fueses Edipo?

TELÉMACO.- Ni lo pretendo ni lo permitirían los dioses. Pero si mi flecha atraviesa los ojos de las doce hachas de Odiseo, será como si mi padre hubiese regresado a Ítaca y mi madre vivirá para siempre en este palacio. Vamos, hay que montar el arco; no hagamos esperar a los dioses.

Telémaco y los pretendientes salen a la calle para realizar la prueba. Penélope y Euriclea entran en los aposentos reales. Las dos acciones deben ser simultáneas. Penélope pasea nerviosa por la estancia mientras Euriclea se asoma al ventanal, medio oculta entre las cortinas, y le va contando a su señora lo que ve. La narración debe tener un tono épico, un misterio y un suspense acentuado por las exclamaciones que emite el público tras cada flecha. El diálogo debe mantener un ritmo trepidante, pero no exento de pausas, para que los espectadores perciban la emoción que envuelve una competición, decisiva para el destino de todos, aunque transcurra fuera del alcance de sus miradas.

EURICLEA.- Ya llegan, señora, ya llegan. Se han reunido muchos hombres de Ítaca para ver la prueba. También están Eumeo, el porquerizo, y

Filetio, el boyero, y Melantio, el cabrero... ¡Ah!, sí, y ese hombre, el mendigo extranjero. Él también está. Aún lleva puesta la túnica que le di después de bañarlo.

PENÉLOPE.- ¿Quién monta el arco?

EURICLEA.- Telémaco, señora. Pero no puede. No consigue doblar el arco lo suficiente para enganchar la cuerda. Tienen que ayudarlo varios hombres y, aun así, les resulta difícil.

PENÉLOPE.- Odiseo lo montaba y lo desmontaba sin ayuda. Y con gran facilidad. Se lo vi hacer muchas veces.

EURICLEA.- Agelao va a ser el primero que dispare.

Penélope se acerca al ventanal sobresaltada, pero sin llegar a asomarse.

PENÉLOPE.- ¿Agelao, ese metomentodo, tendrá el honor de desposarme?

EURICLEA.- Ya tiene la flecha en la mano..., tensa la cuerda..., dispara...
(¡Naaaaaaaa!, exclama el público que asiste a la prueba y al que no se le ve.)
Y falla. La flecha se ha quedado en el ojo de una de las primeras hachas. Agelao no ocupará el lecho de Odiseo, señora.

Penélope suspira aliviada.

PENÉLOPE.- Bueno, no te enredas y dime. ¿Qué está pasando?

EURICLEA.- Anfinomo se adelanta, toma su flecha, pero no le dan el arco.

PENÉLOPE.- ¿Por qué, no quieren que dispare Anfinomo?

EURICLEA.- Parece que no era su turno. Ahora le toca disparar a Antínoo.

PENÉLOPE.- ¿A Antínoo, a ese engreído? Pero, ¿qué está haciendo mi hijo, con quién quiere casarme?

¡Nooooooooo!

EURICLEA.- Falla, señora, falla. Antínoo tampoco consigue atravesar los doce ojos.

Un gran suspiro de alivio sale del alma de Penélope.

PENÉLOPE.- ¿Cuándo le toca a Eurímaco, cuando disparará él?

EURICLEA.- No lo sé, señora. El arco lo tiene ahora Toante.

PENÉLOPE.- Por todos los dioses, otro mequetrefe. ¡Qué falle, qué falle!.. Toante, no, no...

EURICLEA.- Y... falla también.

PENÉLOPE.- ¡Ah! No puedo aguantar esta agonía. (*Penélope se revuelve como una loba enjaulada.*) Voy a deshacer el sudario.

EURICLEA.- No, mi reina, el sudario no. Tendríamos que volver a tejerlo.

PENÉLOPE.- Pues no me cuentes lo que pasa ahí fuera, no quiero saberlo. ¿a me enteraré con quien me han casado cuando un hombre se instale esta misma noche en mi lecho.

¡Buuuuuff!

EURICLEA.- ¡Ay, qué pena! ¿Cómo es posible?

¡Nooooo!

PENÉLOPE.- ¿Qué pasa ahora, Euriclea, qué pasa?

EURICLEA.- Que va a ser muy difícil que encontréis marido, señora.

PENÉLOPE.- Mejor para mí. Bien saben los dioses que no necesito un esposo.

EURICLEA.- Tampoco parece que los príncipes os necesiten.

PENÉLOPE.- ¿Cómo te atreves, deslenguada?

¡Ahhhhhh!

EURICLEA.- Están fallando todos...

PENÉLOPE.- ¿Todos? Pero, ¿cómo es posible que tengan tan mal pulso? Si para Odiseo era un juego...

EURICLEA.- Odiseo, Odiseo... Si él pudiese jugar, la diversión estaría asegurada, señora.

¡Noooooo!

PENÉLOPE.- ¿De qué hablas?

EURICLEA.- Nada, nada, señora, que Eurímaco también ha fallado.

PENÉLOPE.- ¿Eurímaco tampoco acierta a desposarme, a pesar de sus grandes regalos? Pero, ¿para quién me reservan los dioses? ¿Qué esperan de mí, qué esperan?

EURICLEA.- Ahora va a disparar Telémaco.

PENÉLOPE.- ¿Telémaco, mi hijo Telémaco va a disparar el arco de su padre? ¡Pero él no puede desposarme! ¡No debe casarse conmigo!

¡Ayyyyyyyy!

EURICLEA.- ¡Uy!, Telémaco casi se os mete en la cama.

Penélope se espanta.

PENÉLOPE.- ¡No, no! No es posible. Cierra tus labios, insensata.

EURICLEA.- Sí, señora, sí. ¡Mi niño ha estado a punto de acertar. Pero la flecha de Telémaco se estrelló en el último ojo. ¡Telémaco también ha fallado! Pero sólo por un hacha.

PENÉLOPE.- ¡Menos mal, menos mal!

Sílbidos y algún aplauso en mitad del griterío.

EURICLEA.- Es el extranjero, señora.

PENÉLOPE.- ¡El extranjero! ¿Qué le ocurre a ese mendigo?

EURICLEA.- Quiere disparar.

PENÉLOPE.- ¡Ese muerto de hambre, ese insolente pretende ocupar mi lecho!

EURICLEA.- Sí, quiere, sí. Lo desca, señora. Parece que reclama su derecho. Él mismo le está pidiendo el arco a Telémaco.

La multitud guarda silencio.

PENÉLOPE.- ¡Qué desfachatez! Un mendigo...

EURICLEA.- Es muy guapo...

PENÉLOPE.- No seas casquivana, vieja deslenguada. Pero cuenta, dime qué está ocurriendo ahí fuera.

EURICLEA.- Ya os lo he dicho, señora: el mendigo quiere probar su suerte. Parece que arde en deseos de compartir con vos el trono de Ítaca.

PENÉLOPE.- No puede ser, no es posible. ¡Sólo es un pedigüeño! No tiene ni para comer. ¿Qué aportaría a la boda, qué regalos podría hacerme ese hombre?

Más silbidos y más aplausos.

EURICLEA.- Antínoo sale en vuestra defensa, señora.

PENÉLOPE.- Detesto a Antínoo.

EURICLEA.- Pues él debe de sentir por vos una gran estima, porque protesta con vehemencia, señora. Al jefe de vuestros pretendientes no le gusta que el extranjero participe en la prueba. Apela a los dioses.

PENÉLOPE.- ¡Le odio, le odio! ¡Le odiooooo!

EURICLEA.- Eurímaco y Ericciónio, también. Se niegan a que el extranjero dispare el arco de Odiseo.

PENÉLOPE.- Lo suyo es quejarse, maullar como gatas en invierno.

EURICLEA.- ¿Cómo gatas decís?

PENÉLOPE.- Sí, como gatas, como gatas en celo.

EURICLEA.- Pues ya están protestando todas esas gatas, señora. Vuestros principitos no quieren que el extranjero compita contra ellos.

PENÉLOPE.- ¡Estúpidos ególatras! ¿Y qué hace mi hijo ahora, qué hace?

EURICLEA.- Telémaco le entrega el arco a su..., a ese hombre.

Aplausos.

PENÉLOPE.- ¡Quiero morirme, Euriclea, morirme!

La nodriza narra con verdadero deleite lo que está ocurriendo en la calle.

EURICLEA.- El extranjero tensa la cuerda, más que todos los pretendientes. Su brazo es fuerte y nervudo. No tiembla. Disparaaaa... Y pasa, pasa, pasa... ¡Pasaaaaa!

Aplausos y gritos síiiiiii mucho más fuertes.

PENÉLOPE.- ¿Qué pasa, Euriclea, qué pasa?

EURICLEA.- La flecha, la flecha, la flecha.... La flecha es lo que pasa. La flecha del extranjero ha pasado..., ha pasado por los ojos de todas las hachas, señora. ¡Por los doce ojos! ¡Solamente él podía conseguirlo! ¡Sólo él!

PENÉLOPE.- ¡No! ¡No!

EURICLEA.- ¡Sí, mi reina, sí! Es él, él. Ese hombre es vuestro esposo, Odisco. No hace falta que os caséis pues ya estáis casada.

PENÉLOPE.- ¡No! ¡No! ¡Noooo!

EURICLEA.- ¡Sí, sí, mi reina, síii! No necesitáis buscar un esposo, pues es vuestro esposo Odisco quien ha venido a buscaros.

PENÉLOPE.- ¡Quiero verle, quiero verle! ¡Quiero verle con mis propios ojos! *(Intenta asomarse al ventanal pero Euriclea la intercepta y se lo impide.)* ¡Déjame, vieja insolente, déjame! Necesito saber quién es el mendigo extranjero.

La victoria del extranjero continúa siendo celebrada con vítores entre los varones itacenses que han seguido la prueba fuera del escenario.

EURICLEA.- No podéis, señora. Vuestro hijo Telémaco os lo ha prohibido.

No podéis desobedecerle. Telémaco es el auténtico príncipe de Ítaca, es el hijo de Odiseo y hoy mismo podría sentarse en el trono. Si su padre se lo cede.

PENÉLOPE.- ¡El hijo de Odiseo, el príncipe Telémaco, el rey de Ítaca..! ¿Cuántos reyes gobiernan mi casa? ¿De quién es ahora mismo el trono de este reino sin rey? ¿Y a quién le están dedicando tantos vítores? ¿Quiénes gritan con semejante ardor?

EURICLEA.- Todos, señora, gritan todos. Bueno, todos no: los pretendientes no gritan. Se han quedado mudos. Eumeo, el porquerizo, y Filatio, el boyero, dan saltos de alegría. Y Femio, el aedo, tañe su lira y de su boca salen versos que yo no le había oído nunca hasta ahora. Hasta Iro, el mendigo al que Antínoo azuzó contra Odiseo, está riendo. ¡Oh!, Antínoo, Antínoo...

PENÉLOPE.- ¿Qué pasa, Euriclea?

EURICLEA.- Antínoo quiere pelea, señora. El vino le rebosa los labios y se acerca al extranjero. ¡No!

PENÉLOPE.- Dame detalles, nodriza. Dime qué está pasando ahí fuera.

Penélope intenta asomarse al balcón, pero Euriclea no le permite el paso y la obliga a sentarse mientras fuera de los aposentos reales aumenta el griterío.

EURICLEA.- Por lo que más queráis, mi reina, no os asoméis a la ventana. Es peligroso. Yo os lo cuento todo. Escuchadme: sin soltar el kílix de vino..., Antínoo se ha lanzado contra ese hombre... y Odiseo le ha atravesado la garganta con una flecha.

PENÉLOPE.- ¡No!

EURICLEA.- Sí, mi reina, sí. Odiseo está dando muerte a los pretendientes. La sangre corre por el suelo. Telémaco, también...

PENÉLOPE.- ¡No, hijo mío, tú no!

EURICLEA.- No temáis, mi reina, vuestro hijo sigue vivo. Acaba de atravesar con su lanza al gordo Anfinomo. Y sigue luchando, codo con codo con su padre, con ese hombre... Anfinomo yace inerte ensartado por la lanza de Telémaco.

PENÉLOPE.- ¡No, no, Anfinomo, no, Telémaco!

EURICLEA.- Eumco y Filetio acuden en ayuda de Odiseo y de Telémaco. Le llevan armas y luchan contra Melantio, el cabrero, que se ha unido al bando de los pretendientes. Melantio es un traidor, señora, merece la muerte. Pero la batalla no está perdida, mi reina. La buena gente de Ítaca empuña las espadas y las picas que reparten Eumco y Filetio y sale en ayuda de su rey.

PENÉLOPE.- ¿En ayuda de su rey? ¿De qué rey, hablas nodriza?

EURICLEA.- De Odiseo, señora, de vuestro esposo.

Se hace la oscuridad en los aposentos reales y, cuando vuelve la luz, los cuerpos ensangrentados de los pretendientes se amontonan en el centro de la escena. Corre la sangre. Odiseo, Telémaco, Eumco, Filetio y los itacenses armados buscan y rebuscan para cerciorarse de que ninguno de los pretendientes ha escapado a la matanza. Alguien trae preso, retenido por el cuello y por los brazos, a Melantio, el cabrero. Por fin, Odiseo se para junto a los cadáveres y le da órdenes a su hijo.

ODISEO.- Telémaco, ve a por las sirvientas traidoras, para que vean la suerte que han corrido sus amantes.

Cuando Telémaco se dispone a cumplir la orden, Euriclea y varios itacenses se presentan en la escena trayendo maniatadas y unidas por lazos corredizos, en fila de esclavos, a las integrantes del coro y, si es posible, a alguna mujer más. Homero dice que fueron doce, de 38, las sirvientas que traicionaron a Penélope y avisaron a Antínoo alertando a los pretendientes sobre el ardid de la mortaja.

TELÉMACO.- Aquí están las traidoras, padre.

ODISEO.- Pintadles la cara con la sangre de sus hombres. Que ellas mismas limpien todo esto después y ahorcadlas a continuación, colgándolas de los muros del palacio, para que toda la Hélade se entere de que en la casa de Odiseo no hay cobijo para la traición. ¿Me has oído, Melantio, cabrero infiel? Te acogí entre mis sirvientas y en vez de cuidar mi hacienda has ayudado a quienes la devoraban. Le has dado armas a quienes acosaron a Penélope. Te has puesto del lado de quienes se confabularon para matar a Telémaco. Todo acabó para ti. ¡Castradle inmediatamente y, después, descuartízadle!

Odiseo se vuelve hacia los aposentos de Penélope, buscándola con la mirada y, tan pronto como la ve, en lo alto de una escalera, se despoja de las armas y corre hacia ella con grandes zancadas. Cuando llega a su lado, la besa tiernamente en la frente, la abraza, se separa un poco de ella para contemplar su rostro y, justo en el instante que parece que va a besarla en los labios, se la echa al hombro como si fuese un costal –saco estrecho y alargado, confeccionado con tela fuerte y tupida- lleno de grano que estuviesen esperando en el molino. Terciada sobre el hombro de su esposo, Penélope protesta y golpea las espaldas y el trasero de Ulises con sus puños.

PENÉLOPE.- ¿Qué haces, qué vas a hacer? ¡Odiseo! Pero ¿qué pretendes? ¡Odiseo, Odiseo!

Mientras Odiseo carga con Penélope, en el primer término de la escena, por delante de la pila de cadáveres, aparece Mentor/Atenea que ahora se parece más a Atenea que a Méntor; pues además de la coraza adornada con la cabeza de Medusa y de la lanza, se cubre con el casco típico de la diosa Atenea, que incrementa el aspecto marcial de sus fuertes hombros y de sus anchas espaldas. Atenea/Méntor habla con Telémaco.

ATENEA/MÉNTOR.- Cámbiate de túnica, Telémaco. Corta de un tajo las amarras de tu barco y échate a la mar sin preocuparte del rumbo. Atenea sigue a tu lado. Nunca dejaré de protegerte por lejos que estés. Aunque tus ojos se queden en Ítaca, debes partir con la primera luz del día. El reino de Poseidón es inmenso, Telémaco. Hay en el mar tantas islas como estrellas se ven esta noche en el cielo. Déjate llevar por los vientos, muchacho. Nadie te espera ni sufre tu ausencia en otros reinos, pero ya nada tienes que hacer aquí. Tu madre no te necesita y tú has encontrado por fin al padre que nunca tuviste. Mas, al encontrarle, has perdido tu casa y tu reino, Telémaco. El palacio que casi te perteneció vuelve a ser el tálamo de Odiseo. Ya lo estás viendo. *(Señalando hacia los aposentos reales, iluminados por el tenue resplandor de las lámparas de aceite, que proyectan sobre los muros de la alcoba regia sombras que hablan en la más antigua de las lenguas.)* Vete. Ya es imposible que sigas disimulando la barba. Hace tiempo que dejaste de ser un niño. Sube a tu barco. Sal de Ítaca. Este ya no es tu reino, Telémaco.

TELÓN FINAL.

COLECCIÓN “ALTOZANO”

(Títulos publicados)

Núm. 1

“Breve historia de Barcarrota”

José Ignacio Rodríguez Hermosell

Año 1998

(Tres ediciones, más edición inglesa –“A brief history of Barcarrota”- y edición Braille).

Núm. 2

“Aproximación a la Semana Santa en Barcarrota y Reflexión en torno a la representación de la Buena Mujer”

Autores: José Antonio Hernández Trejo / Pedro Maya Romero

Año 1998

Núm. 3

“Barcarrota, un lugar de leyendas”

Autor: Francisco Joaquín Pérez González

Año 1998

(Dos ediciones).

Núm. 4

“Juegos Populares en Barcarrota”

Autor: Francisco Pérez Trejo

Año 1998

Núm. 5

“Barcarrota Mariana, un texto religioso del siglo XIX”

Año 2016

Núm. 6

“Obra musical del maestro Antonio Guzmán Ricis”

Autor: Rafael Carrasco González

Año 1999

Núm. 7

“Una bibliografía barcarroteña”

Autor: José Ignacio Rodríguez Hermosell

Año 1999

Núm. 8

“Oficios tradicionales en Barcarrota”

Edición: Ana Belén Laso Rivero / María Gema Pinilla Sayago

Año 2004

Núm. 9

“Cocina de mi tierra”

Autor: Francisco Javier García Guerra

Año 2005

(Dos ediciones)

Núm. 10

“Barcarrota, de la arquitectura popular al Art Nouveau”

Autor: Joaquín Álvaro Rubio

Año 2006

Núm. 11

“Informe sobre las parroquias de Barcarrota”

Edición: Joaquín Álvaro Rubio

Año 2006

Núm. 12

“Resumen de los elementos de Historia Universal”

Edición: José Ignacio Rodríguez Hermosell

Año 2006

Núm. 13

“Un escultor barcarroteño, Saturnino Domínguez Nieto”

Autor: Miguel Ángel Domínguez Ibáñez

Año 2006

Núm. 14

“Memorias Artísticas”

Autor: Antonio Guzmán Ricis

Año 2007

Núm. 15

“Tres obras teatrales. Julio López Medina”

Edición: Francisco Joaquín Pérez González

Año 2007

Núm. 16

“Educación en valores”

Autor: José Antonio Hernández Trejo

Año 2007

Núm. 17

“Segunda bibliografía barcarroteña”

Autor: José Ignacio Rodríguez Hermosell

Año 2007

Núm. 18

“Cien noticias de Barcarrota”

Edición: Francisco Joaquín Pérez González

Año 2011

Núm. 19

“Noticias bajomedievales de Villanueva de Barcarrota”

Autor: José Ignacio Rodríguez Hermosell

Año 2016

Núm. 20

“Lectura Gradual. Primer libro de los niños”

Autor: Juan Antonio Gallego y Vázquez

Año 2016

Núm. 21

“Tres poetas del pueblo”

Autores: Manuel Lobato Benavides, Juan Francisco M. Fonseca y

Marcelino Piriz Cacho

Año 2016

Núm. 22

“El Secreto de Hernando de Soto y otros estudios sobre Barcarrota”

Autor: Esteban Mira Caballo

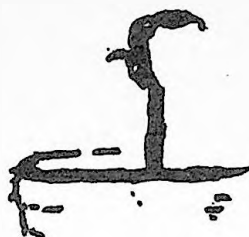
Año 2016

Núm. 23

“Los Jesuitas y Barcarrota (1943-1973)”

Autor: Luís García Iglesias

Año 2017



COLECCIÓN
"ALTOZANO"

EDITA

Universidad Popular

Hilario Álvarez



AYUNTAMIENTO DE
BARCARROTA